S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

LOCURA DIRIGIDA



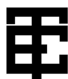
LOCURA DIRIGIDA



Locura dirigida

Por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 5670 - 1961
Número de Registro: 6751 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



ADA más insignificante que el hombre que descendió, en aquella clara mañana de mayo, de la astronave que acababa de llegar de la Tierra. Su rostro era corriente, su tipo corriente y sólo su frente y sus ojos, aquélla amplia y éstos vivaces, podían haber hecho denotar su personalidad nada vulgar.

Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco: uno de esos millones de seres que se ven en todas partes. O mejor dicho, que pasan desapercibidos en todas partes.

El hombre llevaba una cartera de cuero azulado oscuro y no se preocupó de su equipaje, ya que la Agencia de Viajes se encargaría de llevárselo al hotel al que se dirigía.

Encendió un cigarrillo, atravesó, junto a los demás pasajeros, el espacio que separaba la gigantesca astronave de los edificios del Espaciopuerto. Y como los demás, tomó un taxi en la inacabable hilera que había fuera, dando la dirección de uno de los más importantes hoteles de la ciudad.

Nunca había estado en Marte y ahora, sentado en el borde del asiento del vehículo, miraba con curiosidad la entrada de la ciudad, de Star-Ville, con su millón y medio de habitantes y sus edificios de curiosa arquitectura, fruto de la idea novísima que habían tenido los constructores para diferenciar, nadie sabía por qué, las casas del planeta de las de la vieja tierra.

Las calles estaban extraordinariamente animadas, pero el motivo de tal bullicio era sobradamente conocido por el hombrecillo del coche que, en realidad, había llegado a Marte a causa de aquello.

Muchas calles estaban atravesadas por letreros, qué iban de casa a casa en los que se leían despedidas amables al alcalde Joseph L. Donner y un deseo de que triunfase, como lo había hecho allí, en el seno del Consejo Mundial, al que ahora debía ir a formar parte.

Todavía estaba salpicado el asfalto de confetis y serpentinas, muestras claras de la calurosa despedida que la ciudad había ofrecido al que, durante casi diez años, había regido sus destinos, imponiéndose en todas las ocasiones y haciendo que aquella urbe próspera gozase de una paz que había sido como un bálsamo después de la agitación que hubo al fundarse.

No quería decir eso que los maleantes hubieran dejado de existir totalmente; pero el alcalde saliente había conseguido mantenerlos a raya, haciéndoles vivir en condiciones demasiado estrechas para sus ilícitos y ambiciosos proyectos.

Todo eso lo sabía el hombrecillo.

También conocía que se estaba preparando una campaña electoral intensísima y que los dos hombres candidatos para la elección eran totalmente distintos.

Pero, por el momento, el hombrecillo prefería gozar de la contemplación de aquella ciudad, de sus hermosos edificios, de sus amplias avenidas, de sus elegantes locales y resplandecientes comercios.

¡Cuánto dinero debía de correr allí!

Sonrió, sin intentar siquiera calcular todo lo que como dinero podía moverse por todo aquello. La seguridad de que una parte, y nada pequeña, iba muy pronto a ir hacia sus bolsillos, le tranquilizaba por completo y daba por bien empleados los quince años que había pasado trabajando en algo que ahora podía aplicarse perfectamente a aquel caso.

Acarició la cartera que llevaba sobre las rodillas, diciéndose que si la gente que desfilaba ante él, por las aceras, supiese lo que iba en su interior, no le dejarían dar ni un solo paso más, aplastándole la cabeza, aquella cabeza que había sido capaz de descubrir algo tan importante.

Se detuvo el vehículo ante el edificio del hotel y el hombrecillo, tras penetrar en el "hall", se dirigió hacia la recepción. El empleado le saludó con una amable sonrisa, acompañada de una inclinación de cabeza.

—¡Buenos días, señor!

—Buenos días. Deseo una habitación confortable.

—Perfectamente. No estamos muy bien de sitio, ya que mucha gente de las ciudades vecinas ha venido por eso de las elecciones.

—¿Quiere decir que va a darme un cuchitril?

El tono de la voz del hombrecillo hizo que el empleado enarcase las cejas. Nunca hubiera pensado que un ser tan aparentemente insignificante poseyese una voz tan autoritaria.

—¡Oh, no! — se apresuró a decir—. No pase cuidado el señor. En el primer piso tenemos una habitación doble que le convendría. Claro que el precio...

Hubo un gesto despectivo en el rostro del hombre.

—No se interese por eso — dijo, con un asomo de sonrisa—. Creo que el que tiene que pagar soy yo.

—Perdone... — se azoró el otro. Y pulsando el timbre, hizo que uno de los botones fuera hasta el mostrador—. Lleva a este señor al 100 — dijo; luego, volviéndose al diminuto pero extraño personaje—: ¿Su nombre, por favor?

—Peter Wilson.

—Bien. Supongo que su equipaje llegará más tarde.

—En efecto.

Wilson siguió al mozo, que le condujo al ascensor. Poco después le dejó en el 100, en la primera planta del hotel. Luego de haber despedido al botones, al que dio una generosa propina, Wilson inspeccionó la doble habitación, dormitorio-salón, que le gustó bastante. Se dijo que iba a estar muy bien allí.

Le hubiera gustado cambiar de traje, pero el equipaje tardaría aún bastante y estaba impaciente por ponerse a trabajar. Así, después de encender un cigarrillo, sacó un cuaderno del bolsillo interior de su chaqueta, buscando en el alfabeto que el cuaderno llevaba la inicial correspondiente a Star-Ville.

Poco después, sentado ante el teléfono, marcaba el primer número. Y cuando descolgaron al otro lado preguntó:

—¿Casa de Antigüedades “Archer”?

—Sí, aquí es.

—¿Está el propietario?

—De parte de quién?

—Peter Wilson; no me conoce, pero he llegado directamente de la Tierra para hablar con él.

—Un momento, por favor.

Peter esperó tranquilamente, con una sonrisa de confianza en los labios.

—¿Quién es?

—Peter Wilson. ¿Es usted Eric Archer?

—El mismo, pero yo no le conozco de nada y tengo muy poco tiempo que perder.

—Ya sé que tiene poco tiempo, amigo mío. Pero lo perderá a gusto conmigo.

—No le entiendo.

—Una pregunta. ¿Conoce usted a Harlow Ward?

—¡Desde luego que le conozco! Pero sigo sin entender una sola palabra.

—Va a entenderlo en seguida: usted desea que Ward gane las elecciones..., y los dos sabemos por qué. Pues bien: yo puedo garantizarle ese triunfo.

Hubo una pausa; luego la voz de Eric dijo más suave:

—¿Sabe usted que empieza a interesarme, Wilson?

—Lo sabía. Y ahora una nueva pregunta: ¿Cómo están las relaciones entre usted y Webb Sherman?

—Está usted muy enterado para acabar de llegar de la Tierra.

—Así es, en efecto. Pero no ha contestado usted a mi pregunta.

—Voy a hacerlo, Webb y yo somos amigos..., nuestros negocios no se interfieren y vivimos en completa armonía.

—Debí suponérmelo y en verdad me alegro. Porque deseo que llame a Sherman y que me esperen, para dentro de un par de horas, en su tienda de Antigüedades.

—Pero... ¿quién es usted?

—Ya se lo he dicho: Un hombre que tiene el triunfo del candidato Ward en el bolsillo.

—¿Se da cuenta de lo que dice?

—Perfectamente.

—Oiga, Wilson..., yo, con toda franqueza, quiero hacerle una advertencia. Usted acaba de llegar y a pesar de que parece conocer lo que pasa en Star-Ville, puede que ignore que no se puede jugar conmigo ni con mi amigo Sherman.

—Nadie quiere jugar..., hace mucho tiempo que dejé de hacerlo.

—Bien. Además quería decirle que usted no puede ignorar las pocas posibilidades que Ward tiene de triunfar. No conseguirá ni la cuarta parte de los votos que su enemigo Anderson, que ha sido recomendado por el alcalde saliente, del que siempre fue protegido.

—Todo eso lo sé, Archer. Pero cuando yo digo que Anderson perderá las elecciones es que las perderá. Y será él, se lo aseguro, quien no obtendrá ni la décima parte de votos que el otro. El que les conviene a ustedes..., y a mí.

Un nuevo silencio. Después dijo:

—No sé lo que se trae entre manos, Wilson; pero, de todos modos, voy a llamar a Webb y le esperaremos aquí dentro de dos horas. Pero, vuelvo a advertírselo..., no intente bromas pesadas. No se lo consentiríamos.

—Bien. Hasta luego, amigo mío.

Y cortó.

Mientras encendía otro cigarrillo, se dijo que era completamente normal que Archer desconfiase. Porque cualquiera lo haría en su lugar.

En efecto.

Porque ¿quién estaría bastante loco como para asegurar que Ward iba a convertirse en alcalde? Todo el mundo sabía que Harlow Ward era el candidato de los granujas, el hombre de paja de las grandes bandas: la de Archer, que bajo la inocente fachada de su casa de Antigüedades escondía el tráfico de drogas, y la de Webb Sherman, el vendedor de licores que, en realidad, controlaba todas las casas de apuestas de la ciudad.

Bajo el mandato del alcalde Donner, que había marchado para integrar el Consejo Mundial, en premio a lo que había hecho por la capital del joven planeta Marte, las dos bandas habían pasado una época de verdaderos apuros, viviendo mediocremente, vegetando como pudieron, con la espada de Damocles de una policía que Donner hizo mover con eficacia y rapidez.

Gracias a haberse contenido y sabido navegar en aquel río revuelto, Archer y Sherman habían evitado ir a la cárcel, pero habían perdido centenares de miles de créditos de ganancias y ahora sus finanzas no eran precisamente lo que se dice boyantes.

Por eso les interesaba el triunfo de Ward.

Pero ¿quién iba a votar por él, fuera de los pillos cuya voluntad dominaban los dos “boss”?

La opinión pública estaba por Anderson. Y antes de irse a la Tierra, Joseph L. Donner reunió a la mayoría de la población, en una conferencia monstruo, dictándoles claramente que si deseaban que la administración siguiese saneada, sin que los granujas se abrieran paso, tendrían que votar a Anderson.

Y era seguro que iban a hacerlo.

Ni siquiera se preocupaba el Instituto de la Opinión Pública en realizar sondajes en la población: todo el mundo estaba seguro del triunfo de Anderson.

Wilson recibió poco después su voluminoso equipaje y pasó cerca de una hora en colocar sus trajes y ropa en los armarios. Eligió uno de ellos y se cambió antes de abandonar el hotel. Cuando cogió el taxi, a la puerta del edificio, faltaban quince minutos para la cita que tenía con los dos más importantes granujas de la ciudad.

Pero llegó dos minutos antes a la elegante tienda de Antigüedades, situada en pleno centro, en el corazón de Main Street.

* * *

Al otro extremo de la ciudad, en un edificio moderno, un hombre joven, alto, de aire atlético, moreno y de ojos pardos, luchaba con un fichero metálico, que empujaba trabajosamente hacia uno de los rincones de la habitación donde estaba ordenando la oficina.

Una muchacha pelirroja bastante bonita intentaba ayudarle, aunque se veía que sus fuerzas no contaban mucho en el esfuerzo colectivo que los dos estaban realizando.

—¡No es posible, señor Budds! —exclamó, separando sus delicadas manos del borde acerado del archivo archipesado.

También se incorporó el hombre, pasándose la mano por la frente sudorosa.

—Tiene usted razón, Helen... Pero ¿por qué diablos se empeña en anteponer ese "señor" a mi nombre? Le he dicho media docena de veces que me gustaría que me llamase por mi nombre que, si no lo ha olvidado, es Donaldson. O también puede decirme Don, si le parece que el otro es muy largo.

— No se empeñe, señor Budds. Usted es mi jefe y yo no puedo dirigirme a usted en términos familiares. Además, sé lo que ocurre cuando una pareja pierde el control del respeto que se merece a sí misma.

Budds la miró, como si desease triturarla con los ojos.

Porque, a pesar de ser bastante bonita, sobre todo en lo que se refería a su hermosa cabellera pelirroja, él no había visto en ella, ni pensado siquiera más que lo que podía pensarse de una colaboradora eficiente, una secretaria como otra cualquiera.

—Lee usted demasiadas novelas rosa, Helen.

—¿Quiere que las lea policíacas?

—¿Por qué no? Al menos poseería una idea más realista de la vida.

—¡No me interesa! Si he aceptado este empleo ha sido porque está excepcionalmente pagado. Y pienso cumplirlo, señor Budds, aunque en el fondo no me guste nada lo que se relaciona con la policía.

—¡Muy bien! ¡Menuda colaboradora!

—Nunca dejaré que se queje de mi trabajo. Yo he venido aquí a ser una secretaria... El policía es usted.

—¡Desde luego! Nadie le ha dicho que tendrá que coger un revólver y acompañarme a detener a algún granuja.

—¡Es que no lo haría!

—Ya lo sé. Pero lo que quiero es que se dé cuenta de que ya ha pasado, hace muchísimo tiempo, la época de los príncipes azules y que el mundo cuenta, además de con gente buena, que por desgracia no abunda, con granujas, pillos, personas sin escrúpulos y otros personajes de la manada humana.

—No conseguirá usted, señor Budds, cambiar en un ápice mis ideas respecto a la humanidad, que, desde luego, no es tan poco optimista como la suya. Además, sepa que esta ciudad es un modelo y que está muy lejos de ser como usted intenta hacerme creer.

—Allá usted. Pero, desde luego, no sé cómo la SIP no se dedica a formar secretarias para sus oficinas en todo el mundo; muchachas que sepan a qué atenerse si se presenta un problema corriente en la vida de un policía.

—Todo eso está muy bien, señor Budds, pero no me hará cambiar de opinión. Y no lo olvide: yo soy su secretaria..., y sólo eso. Una vez terminada mi jornada de trabajo, no tiene usted nada que pedirme..., porque no lo haré. E incluso en las horas de trabajo, sólo realizaré lo que esté en consonancia con mis deberes en esta oficina. Lo que quiere decir que ya he terminado de empujar este fichero: no soy un mozo de carga.

—¡Maldita sea! ¡Como si hubiera hecho algo! ¿Es que cree que la necesito para colocar este mueble en su sitio?

Y uniendo la acción a la palabra, propinó un empujón formidable al fichero, que golpeó brutalmente en la pared, haciendo que un cuadro, con la foto de Donald Callowan, dedicada, cayese al suelo, rompiéndose el cristal en mil pedazos.

La pelirroja tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para evitar soltar la carcajada que le hacía cosquillas en la garganta.

CAPÍTULO II



L entrar en la trastienda, guiado por una maravillosa criatura, cuyos cabellos negros caían en cascada sobre la bata azul que llevaba, Peter había tenido tiempo de darse cuenta de la riqueza que había en la casa de antigüedades, seguro de que no había visto la totalidad de las existencias de aquel local.

La muchacha le hizo atravesar, después de las consabidas salas de exposición, un largo pasillo, a cuya derecha se detuvo al final. Golpeó suavemente sobre la puerta.

—¡Adelante! — dijo alguien, desde el interior.

Ella abrió, haciéndose a un lado para dejar pasar a Peter y cerrando después la puerta, sin entrar en la estancia. Ésta era grande y estaba riquísimamente amueblada. Un despacho moderno ocupaba uno de los ángulos, pero no había nadie sentado detrás.

Los dos hombres estaban cómodamente instalados en sendos sillones, al otro lado, con una mesita entre ellos sobre la que había una botella y unas copas, dos de las cuales estaban medianamente llenas.

Uno de ellos se levantó, al ver entrar a Peter.

Era alto, delgado, con una piel amarillenta, lo que le daba un aire enfermizo. Iba elegantemente vestido, con corrección y era la antítesis del otro, grueso, vulgar y de rostro brutal, que llevaba ropa cara pero sin gusto.

El alto se adelantó y alargó la mano.

—Soy Eric Archer.

Peter estrechó la mano que le tendían.

—Yo soy Peter Wilson — dijo.

Y el otro, señalando al gordo, presentó:

—Éste es mi amigo Webb Sherman.

También estrechó Peter la gordezuela mano del vendedor de licores, tomando asiento luego en otro de los sillones.

—¿Un poco de “whisky”? — ofreció Archer.

—Bueno.

No se dijeron nada mientras Wilson degustaba el licor.

Luego, Webb dijo:

—Estamos impacientes, amigo mío.

Peter sonrió.

—Lo supongo — contestó—, pero no deben preocuparse: les traigo la

solución ideal.

—Eso es lo que deseamos conocer — replicó Eric.

—Bien. En realidad — repuso Peter —, sólo puedo decirles que ganará las elecciones el candidato que les interesa. Ya sé que van a decirme que es muy difícil...

—¿Difícil? — rio Webb—. ¡Imposible es la palabra justa!

—No lo crean. Pero mi plan no se limita a las elecciones. Yo les proporcionaré, cuando las hayan ganado, ocasiones de poder trabajar en lo que quieran, con toda facilidad.

—Hasta ahora no nos ha explicado nada.

—Ni importa hacerlo.

—¿Cree que somos tan idiotas como para fiarnos del primero que llega?

—Han de hacerlo. No tienen más remedio. Porque, si yo no hubiera venido, ¿qué esperanza tendrían de hacer algo positivo?

Webb fue a decir algo, pero el otro le interrumpió con un gesto. Y mirando a Peter dijo:

—Quiero que sepa que no podemos, como dice mi amigo, fiarnos en vanas promesas. La situación es mucho más complicada de lo que parece. Si Anderson gana las elecciones, Edward Lee seguirá como jefe de policía y no podremos ni movernos. ¡Ya hemos pasado bastante! He perdido muchos hombres, que están en la prisión de Star-Ville y me ha sido confiscado muchísimo material por más de medio millón de créditos de valor. ¡Y aún he tenido suerte de poder escapar a todas sus redadas!

—Igual me ha ocurrido a mí —dijo Sherman—. ¿Sabe lo que significa una redada de la policía, en el justo momento en que se está acabando una recogida de apuestas? ¡Pues me lo han hecho más de una docena de veces! Y he tenido que devolver los importes y dar los premios, a pesar de todo.

—Comprendo todo eso. Y les digo que acabará.

—Pero ¿cómo?

Peter tornó a sonreír.

—Es imposible que les explique mi procedimiento.

—Entonces — dijo Webb con vehemencia—, no nos interesa. Ha perdido el tiempo, amigo.

—No lo crea. Porque yo no voy a pedirles nada, “hasta después”. Una vez haya cumplido mi palabra, ustedes empezarán a pagar.

—¿Y cómo vamos a saber nosotros que ha sido usted el autor del cambio?

—¡Claro que lo sabrán!

—¿Y si no pagásemos luego?

Peter se puso en pie.

—Pagarán. Además, necesito media docena de hombres, que vendrán a ponerse a mis órdenes en el hotel: Con esos hombres tendré bastante.

—¿Es que desea que acaben en la cárcel antes de que asomen la nariz a la calle?

—¿Por qué?

Intervino Archer:

—Escuche, amigo Wilson. Si usted desea utilizar a esos hombres, que estamos dispuestos a dejarle, para promover escándalo en las elecciones, pierde lastimosamente el tiempo. Webb tiene razón: o terminan en la cárcel, lo que después de todo sería una cosa buena para ellos, o son linchados por la gente, que es lo que desdichadamente podría ocurrir.

—No les pasará nada: yo se lo garantizo. Porque nadie va a promover escándalo, hasta que yo quiera..., y cuando yo lo ordene, sus hombres estarán en sus casas, tranquilamente, sin que hayan tomado parte en nada. Eso si es necesario el escándalo..., que no lo será por ahora.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo! —bramó el gordo.

—Hagan lo que les digo, amigos y no se arrepentirán. Sé que cuando vean con la facilidad que triunfamos, tendrán muchísima confianza en mí, sin necesidad de conocer mi secreto. ¡Y vamos a ganar muchísimo dinero juntos! Y hablando de dinero..., quiero un veinte por ciento de todos los beneficios que salgan de las elecciones a nuestro favor,

Webb dio un salto.

—¿Se ha vuelto loco?

—No. Y les advierto que no admitiré engaños. Si veo que intentan jugar conmigo, las cosas malas se volverán contra ustedes. Espero a esos hombres mañana por la mañana, ya que pasado mañana empieza el voto general. ¡Hasta la vista, amigos!

Y abandonó la estancia, cerrando la puerta tras sí.

Avanzó luego por el pasillo, viendo a la morena que venía a su encuentro, ya que su patrón debía haberla prevenido de su marcha.

—¿Se va usted ya, señor?

—¡Como si no lo supiera, encanto!

Ella sonrió.

—Voy a acompañarle hasta la puerta.

—No se moleste, preciosa. Sé cómo salir... ¡Hasta pronto!

—Adiós, señor.

Mientras, en el despacho, los dos amigos se servían una nueva copa.

La necesitaban.

—¡Diablo de hombre! — exclamó Webb—. ¿Qué piensas tú de todo esto,

Eric?

—No lo sé aún. Tendremos que esperar hasta ver lo que pasa.

—¿Vamos a enviarle los muchachos?

—Desde luego. Hay que darle toda clase de facilidades. Luego ya veremos...

—¿Es que no te das cuenta de lo que significa ese veinte por ciento que ha pedido?

—Me doy cuenta. Si todo marcha como nosotros deseamos, ese porcentaje significaría mucho, muchísimo dinero...

—... demasiado dinero, diría yo.

—Tienes razón. Pero, desde aquí a entonces hay que recorrer mucho camino. Ya veremos.

—Ese tipo parece haber venido solo.

—Sí, eso creo. Pero voy a enviar a Thomas para que haga una pequeña investigación.

—Bien hecho.

Eric sonrió.

—Por ahora — dijo—, hemos de hacerle caso. En realidad, nos ha llegado como llovido del cielo. Y si no es un loco y cumple lo que promete, tiempo tendremos de discutir lo del porcentaje.

—Desde luego. ¿Otro trago?

—Sí. Se impone brindar por el futuro.

* * *

—Creo que sí, aunque ahora no lo recuerdo bien,..

Albert M. Anderson era un hombre de unos cincuenta años, cuya actividad se conocía a través de la labor que el ex alcalde Donner había realizado. Querido por la gente y respetado por todos, estaba dispuesto a proseguir la línea de conducta del hombre al que había admirado más que a ninguno.

Aquella tarde, víspera de las elecciones, estaba, como de costumbre, trabajando en su despacho, terminando unos proyectos que se disponía a poner en práctica en cuanto el voto popular le diese la victoria en las urnas. Deseaba investigar las actividades de los dos personajes tenebrosos de la ciudad: Archer y Sherman, dispuesto a encontrar algo para justificar su detención. Y si no conseguía nada, buscar cualquier cosa para, por lo menos, expulsarlos de la ciudad y del planeta.

Había sido él quien pidió a Donald Callowan la creación de una oficina de la SIP en Star-Ville. Porque, aunque confiaba plenamente en la policía local, que Edward Lee dirigía desde hacía muchísimo tiempo, con una eficacia admirable, prefería que la SIP estuviese presente, sabiendo que la Spacial International Police podía ayudarle mejor que ninguna otra.

Oyó pasos, levantando la cabeza para sonreír al ver entrar en el despacho a su hija.

Marilyn Anderson acababa de cumplir veintidós años y estaba más bella que nunca. Rubia, alta, esbelta, maravillosamente vestida, era la admiración de quien la veía y la ilusión de su padre que, desde la muerte de su esposa, había concentrado su cariño en la muchacha.

—¿Qué hay, pequeña? — Inquirió, dejando que ella se acercase para darle un beso.

—Ese señor de la SIP ha llegado, papá.

—Hazle pasar.

—Bien.

Marilyn abandonó el despacho, dirigiéndose hacia la salida donde había dejado a Budds. Éste, fuertemente impresionado por la belleza soberbia de la joven, se puso en pie en cuanto ella entró de nuevo en la salita.

—Haga el favor de seguirme, señor.

—Con mucho gusto.

Una vez en el despacho del candidato Anderson, Budds comprobó que no se había equivocado al imaginar al futuro alcalde como un hombre lleno de vitalidad, a pesar de los cabellos blancos que cubrían totalmente su cabeza.

Anderson estrechó la mano del agente, ofreciéndole después un asiento, que el joven ocupó.

—Le he mandado llamar — dijo Albert—, primero para conocerle y después para ponerle a usted en antecedentes de lo que ocurre aquí, en la ciudad.

—Le escucho, señor.

—Verá, usted. El señor Donner, que como sabrá ha salido para la Tierra para tomar posesión de un cargo importante en el Consejo Mundial, ha realizado una misión que ha complacido a todo el mundo, limitando hasta el máximo la delincuencia en nuestra ciudad.

—Lo sé.

—No obstante, como, usted podrá suponer, no pudo nunca llegar a extirpar esa delincuencia del todo. La policía no dejó de investigar ni de operar constantemente, cortando los impulsos de los granujas, pero la verdad es que nunca conseguimos demostrar nada a los dos pillos más peligrosos de la ciudad.

—¿Quiénes son, señor?

—Eric Archer y Webb Sherman. El primero posee una casa de antigüedades que le sirve de tapadera. Su actividad, por lo que sospechamos, es la del tráfico de drogas.

—¿Y el otro?

—Sherman vende licores. Posee uno de los almacenes más importantes de la ciudad. Pero su verdadera actividad es la del juego del azar. ¿Ha oído hablar de la “bolita”?

—Es lo más infame que hay. La “bolita” era un juego antiguo de México y es una especie de lotería. Se meten un número determinado de bolitas en un bombo y las cinco primeras que salen son las que se llevan los más importantes premios. Si todo se hiciese limpiamente, la “bolita” no sería más que un juego más de azar. Pero, en realidad, todos los manejos sucios son permitidos.

“El sorteo se hace en un lugar conocido por Webb, y ante una serie de “testigos”, comprados anteriormente. Así, se hace lo que quiera, correspondiendo los premios a los números que interesan a esos granujas y que, naturalmente, son los que menos apuestas han tenido sobre ellos.

—Ya veo.

—Y lo peor es que la gente es lo bastante estúpida para seguir jugando, cada vez más, sin darse cuenta de que Sherman les toma el pelo.

—Pero, ¿se sabe que es él el de la "bolita”?

—Nosotros lo sospechamos, aunque no tenemos, pruebas. Tanto Sherman como Archer son dos tipos listos y es imposible cogerles con las manos en la masa. Archer se sirve de agentes, de hombres de confianza para repartir las drogas. Webb utiliza apostadores en todos los locales de la ciudad. Pero esos cómplices, muchos de los cuales están ya en prisión, cierran la boca y no confiesan quién es el Jefe...

Don preguntó:

—¿Miedo?

—En parte. Pero, además, como hemos sabido después, sus familias son atendidas espléndidamente mientras ellos están en prisión. Y creo que es eso lo que les hace callar, ya que si hablasen, serían los suyos los que pagarían los vidrios rotos.

—Comprendo.

—Por eso he querido hablar con usted. Desearía que se dedicase, en cuanto le fuese posible, a buscar pruebas contra esos dos granujas. Si las consiguiésemos, la ciudad sería la mejor del mundo.

Don sonrió.

—Puede contar conmigo, señor — repuso.

—Ya lo sé. ¿Está usted bien instalado?

—Muy bien.

—Si algo necesita, no dude en venir a visitarme.

Don dijo:

—Muchas gracias, señor. Espero muy pronto verle en la alcaldía.

Anderson sonrió.

—Prometí al señor Donner que seguiría su magnífico ejemplo y no descansaré hasta haberlo conseguido.

Cuando Budds salió de la casa de Anderson todavía llevaba en los ojos el recuerdo perenne del hermoso rostro de Marilyn.

Se dijo:

¡Qué chica más estupenda!

CAPÍTULO III



AS máquinas "Votex" fueron colocadas muy de mañana en los colegios electorales. Éstos eran muy pocos debido al trabajo maravilloso que realizaban aquellos mecanismos.

Las "Votex" habían llegado de la Tierra, exactamente de Alemania, dos años antes y estaban dotadas de una sencillez de manejo que ocultaba, en realidad, un complejo y delicado mecanismo en el interior. Para votar bastaba penetrar tras el biombo y apoyar la mano derecha en una lámina que cedía un poco. Mientras, con un dedo de la mano izquierda se pulsaba uno de los dos botones que había en aquel lado: el banco llevaba un letrero que decía "Anderson", el verde uno en el que podía leerse "Ward". No habiendo más

que dos candidatos, dos eran los botones.

En cuanto a la placa de la derecha, recibía las impresiones digitales del votante, la mayor garantía de personalidad posible. Como todas las máquinas de la ciudad estaban unidas entre sí por un sistema de “relais”, si alguien hubiera intentado votar dos veces, el “archivo” general, situado en una máquina aparte, que estaba en la Alcaldía, hubiera dado la señal de alarma, anulando, de todos modos el doble voto emitido.

La legalidad de los comicios estaba, por lo tanto, plena y completamente garantizada.

Patrullas de policías motorizados iban y venían por las calles, en previsión de algún alboroto; pero la verdad es que nada ocurrió y que la votación se llevó a cabo en medio del mayor orden.

Aquella mañana, mientras estudiaba los documentos que había conseguido reunir sobre todas las actividades delictivas llevadas a cabo en la ciudad y que el jefe de policía Lee le había facilitado, Budds esperaba una hora buena para ir, como todos los ciudadanos de Star-Ville, a emitir su voto.

Helen, la pelirroja, arreglaba el archivo, de espaldas al agente.

De vez en cuando, Don la miraba, no pudiendo evitar hacer comparaciones con la muchacha que vio el día antes en la casa del futuro alcalde. Era indudable que Marilyn superaba en belleza a Helen; pero ésta poseía un no sé qué, una personalidad que se adivinaba excepcional, a pesar de su manera de ser, dulzona y un poco pueblerina, modosa hasta el extremo de parecer cursi.

“Debe de ser el ambiente donde se ha criado —pensó Budds—. Si esta muchacha hubiera vivido siempre en una ciudad, sería completamente distinta...”

Siguió trabajando hasta que ella cerró el archivo y se acercó a la mesa.

—Señor Budds...

No había manera de que apease el tratamiento y Don se había hecho a la idea de que tendría que oír siempre aquel “señor” que le crispaba los nervios.

—¿Qué hay, señorita Olmer?— inquirió, levantando la mirada de los papeles que estaba consultando.

—Debo ir a votar, señor.

Budds se puso en pie.

—¡Hombre! — exclamó—. Es verdad... hay que ir a votar. ¿Qué le parece si vamos juntos? Tengo el coche en la puerta y...

—Imposible, señor Budds.

—¿Por qué?

—Una secretaria no debe salir nunca con su jefe. La gente tendría motivo de sospechar otras cosas.

—¿Eh? ¿Qué está usted diciendo?

—Ya lo ha oído suficientemente bien. Hasta luego, señor...

Don se quedó parado, viendo cómo ella se ponía el abrigo y se dirigía después hacia la puerta, que abrió y cerró sin volverse.

—¡Maldita sea! Tenía que caer con una chica como ésta, entre todas las que hubiesen estado encantadas por venir a trabajar aquí. ¡Qué suerte la mía!

Le enfurecía aquella manera de ser de su secretaria,

—Pero ¿en qué época se habrá creído que vive? Esto no es una mujer de nuestros días... debe de ser un fantasma del pasado que se ha colado de “contrabando” en nuestra época... De otra manera no lo entiendo.

Abandonó el despacho de un humor de todos los diablos. Se detuvo ante uno de los colegios electorales, penetró en el interior del edificio y se puso a la cola para poder votar.

Pulsó el botón blanco, tras haber colocado su mano derecha en la placa. Después abandonó el edificio.

No pudo por menos de detenerse, antes de volver a la oficina, en un bar. Necesitaba un trago más que ninguna otra cosa.

“No debes hacerle caso — se dijo—. Es una muchacha eficiente; el resto debe importarte un bledo...”

Tranquilizado, salió del bar y tomó de nuevo el coche para ir a la oficina, y no se sorprendió al ver que Helen estaba por allí, atendiendo silenciosamente al archivo.

Gruñó un ininteligible saludo y se sentó a su mesa, pero con muy pocas ganas de hacer algo positivo. La presencia de Helen empezaba a jugar un papel desagradable en sus nervios.

Trató de enfrascarse en su trabajo.

El teléfono rompió el pesado silencio que reinaba allí.

—¿Qué? — inquirió Budds, después de descolgar el combinado.

—Soy Lee, amigo mío,

¿Para qué le llamaría el jefe de policía?

—Dígame, Edward.

—Vengo de la alcaldía y todavía no puedo dar crédito a lo que he visto,

—¿De qué se trata?

—¡Ward está ganando las elecciones!

—¿Eh?

—Lo que oye usted.

—¡Es imposible!

—Es cierto... desdichadamente. La máquina de recuento no puede mentir. Harlow Ward lleva ya más de cien mil votos de ventaja.

—Pero ¡si no puede ser!

—También me decía yo ego, amigo mío. Pero las cifras no mienten.

—¿No habrán tocado algo en la máquina?

—Imposible. Está vigilada por mis hombres des-de hace unos dias y, además, no pueden hacerle nada sin estropearla del todo.

—Pero ¿es que los habitantes de Star-Ville se han vuelto locos?

—Ésa es la impresión que he sacado yo en la Alcaldía, Budds. Porque hay que estar loco para dejar que suba al poder ese granuja de Ward, quien todo el mundo sabe que se convertirá en el amigo de los "gangsters" de la ciudad.

—¿Y usted?

—Lo mío importa poco, Budds. Jefes de policía los hay a puñados, pero un alcalde como el señor Anderson no se puede encontrar as! como así.

—Todo el mundo parecía de acuerdo con él.

—Tampoco lo entiendo yo.

—Está bien. Voy a darme una vuelta por la Alcaldía. Quiero ver eso con mis propios ojos.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Adiós, Edward. Y/ no se preocupe.

El otro rio nerviosamente.

—No soy yo quien debe preocuparse, Don. Es la ciudad que está cometiendo la mayor estupidez que podría imaginarse. Adiós.

Colgó.

Antes de hacerlo, Don se quedó mirando a un punto invisible, mientras trataba de "digerir" lo que acababa de oír.

Después de dejar el combinado en la horquilla, se puso en pie. Y mirando a Helen preguntó:

—¿Puedo saber por quién ha votado, señorita Olmer?

Ella se volvió, notando él que había enrojecido.

—El voto es secreto, señor Budds.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Pero le preguntaba a usted porque el jefe de policía me acaba de decir que Ward está ganando por una aplastante mayoría.

—¡No es posible!

—¿Se da cuenta ahora? Yo puedo decirle que he votado por Anderson, Y creo que entre nosotros, gente dispuesta a evitar que los granujas se adueñen de la ciudad, el secreto del voto tiene menos importancia de la que parece.

—Está bien, señor. Eso cambia, en verdad, las cosas: yo he votado por el señor Anderson.

—Lo imaginaba, señorita. Muchas gracias.

—De nada, señor Budds.

Diez minutos después, Don detenía su coche ante el magnífico edificio de la Alcaldía y penetraba en el interior hasta llegar al salón donde se hallaba la gigantesca máquina contadora, que Iba proyectando las cifras en una pantalla colosal, conectada con los televisores de toda la ciudad.

No cabía duda.

Lee había dicho la verdad y allí estaban las cifras, imponiendo su verdad indudable:

Albert M. Anderson …………….. 189.096 votos.

Harlow Ward ……………………… 326.853 votos.

¡La victoria de Ward estaba asegurada!

Don se dirigió hacia el despacho de Anderson que, como su rival, estaba allí donde había votado en las primeras horas de la mañana.

Albert estaba tras su despacho, con un aparato de televisión ante él, en el que tenía clavada su mirada, viendo las cifras que iban mudándose rápidamente, por desgracia en el casillero de su rival.

—Buenos días...

Anderson se volvió, sonriendo tristemente al recién llegado, al que estrechó la mano y le invitó a que se sentase a su lado.

Luego, señalando la pantalla del aparato, preguntó:

—¿Qué le parece, Budds?

—Una locura, señor.

—No lo entiendo, de veras... Aunque la historia dice que no se pueden hallar sorpresas como en una votación. Todos los pronósticos son inútiles. Pero no siento esto, sino los resultados de la elección de Ward.

—¿Es que la gente ha perdido la razón, señor?

—No lo sabemos, amigo mío. He fracasado y es lo único que he de reconocer. Lo demás importa poco ya...

—Usted es el alcalde accidental, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo ha de dar los poderes al entrante?

—Esta misma tarde.

—¿No habrá sido posible una trampa, señor?

—¿Que quiere usted decir?

—Había pensado en las máquinas...

—Imposible. Las “Votex” no fallan nunca; en cuanto a la contadora, no toleraría la más mínima intromisión en su delicado y complejo sistema electrónico.

—¿Entonces?

Albert esbozó una sonrisa.

—Hay que aceptar la opinión de los más, Budds. La ciudad ha votado a Ward. Ella sabrá por qué lo ha hecho.

* * *

El potente vehículo se detuvo ante el “Oasis”, uno de los locales del barrio oeste, donde Sherman tenía casi siempre su cuartel general.

Eric Archer descendió del elegante coche, cruzó la acera para penetrar en el cabaret, cuya animación era extraordinaria a aquella hora. Complacido de ver que los negocios de su amigo parecían florecer de buena manera, Eric se dirigió hacia el fondo, empujando una puerta que conducía al despacho particular de Webb.

No llamó a la puerta sino que la empujó, como había hecho con la otra, entornando los ojos para poder ver a través de la espesa nube de humo que los cigarrillos producían. Pero vio a su amigo y sonriendo avanzó hacia éste.

—¡Hola, Webb!

—Te esperaba. ¿Contento?

—Muchísimo. ¿Son éstos los muchachos que empleó Wilson?

—Sí.

—¿Y les has preguntado lo que les mandó hacer?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Una cosa bastante rara. Les dio una especie de linterna a cada uno, que además no daban luz, ordenándoles que “iluminasen” en las colas de votantes.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero lo cierto es que ese tipo se ha salido con la suya y ha cumplido lo prometido.

—Enséñame una de esas linternas.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque los muchachos debieron devolvérselas a Wilson antes de venir aquí.

Eric se volvió hacia los hombres.

Sus ojos llameaban.

—¡Imbéciles! ¡Mendrugos! ¿Por qué no vinisteis aquí, al menos con una de esas linternas...?

Fue Thomas Curtice, el hombre de confianza de Webb, quien contestó por los otros:

—Era imposible.

Curtice era un hombre pequeño, extraordinariamente delgado, con los pómulos salientes y una piel enfermiza y de color ceniza. Poseía dos labios delgados, lo que hacía Que pareciese que su boca, no era más que una delgada fisura en su rostro, como una herida.

—¿Por qué?—inquirió Eric.

—Porque Wilson nos dijo que cada aparato tenía una carga de explosivos que estallaría si la guardábamos con nosotros. Por eso nos apresuramos a devolvérselas.

—¡Estúpidos! Se rio bien de vosotros. ¿No comprendéis que lo que quería es que no os quedaseis con ninguna de esas linternas?

—No nos habían dado orden alguna de no devolverlas.

—Los chicos tienen razón — intervino Sherman.

—Bueno —gruñó Archer.

Y sentándose al lado de su amigo agregó:

—Puedes decirles que se vayan. Tengo que hablar contigo.

—Ya lo habéis oído, chicos. Id a echar un trago... Ya os llamaré después.

Thomas se levantó el primero, precediendo a los demás. Y cuando estuvieron solos, Webb preguntó:

—¿Qué quieres?

—¿Has hablado con Ward?

—Aún no. Pero me ha telefoneado.

—¿Qué te ha dicho?

—Que vendrá esta noche, cuando le hayan entregado el mando. Él cree que hemos sido nosotros los que hemos conseguido el triunfo de su candidatura.

—Y es la verdad. Ward no debe saber nada de Wilson. Tenemos que hablar con ese tipo.

—Desde luego.

—No me gusta nada tener que depender de un hombre que posee cosas tan extrañas para hacer cambiar la opinión pública a su antojo. Recuerda que nos dijo que, si no nos portábamos bien con él, algo malo caería sobre nosotros.

—¿Le tienes miedo?

—Francamente, sí, ¿Tú no?

—No sé, pero lo que me causa es intranquilidad.

—¡Llámale, Archer! ¿No comprendes que es él quien será el dueño de todo? Si ha conseguido algo tan imposible como el triunfo de Ward, igual puede lograr, por ejemplo, que Ward y su policía nos hagan la vida más imposible que lo que nos la hacía Lee.

—Tienes razón.

—Ahora hemos conseguido un triunfo completo y no podemos dejar escapar la ocasión.

—¿Qué te propones?

—Terminar con Wilson, Ward cree, a pies juntillas, que hemos sido nosotros los autores de todo. Mientras lo siga creyendo, le tendremos en la mano. Un alcalde es elegido por cuatro años. En todo este tiempo podemos conseguir suficiente dinero para instalarnos donde queramos después, si vemos que Ward no va a ser reelegido.

—¿Y crees que será fácil cargarse a Wilson?

—Él no puede desconfiar ahora de nosotros. Puedes enviar a Curtice: ese muchacho ha hecho otros trabajos semejantes y llevará éste a cabo con limpieza.

—Está bien.

Descolgó el teléfono y ordenó:

—Decid a Thomas que venga ahora mismo a mí despacho.

Momentos después, Curtice entraba a donde estaban los dos hombres.

—¿Qué hay, patrón?

—Tú investigaste a Wilson. ¿Estás seguro de que ha llegado solo a Marte?

—Más solo que la luna.

—Sabes donde vive, ¿verdad?

—Si.

Hubo una pausa; después, Sherman preguntó:

—¿Te gustaría ganar doscientos mil esta misma noche?

—¡A nadie le amarga un dulce, patrón!

—Queremos que Wilson cierre la boca para siempre. Es demasiado peligroso y exige mucho de nosotros. Será él quien se lleve el mayor porcentaje, lo que redundará en vuestras ganancias.

—No ganará ni un centavo.

Webb sonrió.

—Bien, muchacho. Así se habla. Ve y “enfríalo” con limpieza.

—Antes de dos horas estaré aquí. ¡Hasta luego, patrón! Y no se preocupe.

—De acuerdo, Thomas.

CAPÍTULO IV



aquella misma hora y mientras Curtice caminaba hacia el hotel donde residía Wilson, para poner en práctica los planes de éstos para eliminar a la única persona que podía molestarles entonces, el derrotado candidato Anderson estaba en su casa, reunido con el ex jefe de policía Lee y algunos inspectores que habían preferido presentar la di-misión antes de acceder a prestar juramento en el equipo policíaco que, desde hacía unas horas mandaba Timothy Cari, el nuevo jefe de la Policía de la ciudad.

Otros personajes estaban allí: banqueros, comerciantes, gente toda que había sido fiel a Donner y que pensaban que Anderson sería su lógico sucesor.

—Tenemos que hacerlo — decía en aquellos momentos Lewis Thomson, el director de la Banca privada de la ciudad, hablando en representación de sus compañeros—. ¡No podemos cruzarnos de brazos, señor Anderson!

Albert asintió con un triste ademán de cabeza.

—Hay que hacerlo, sí, pero me molesta entrar en una cierta ilegalidad.

—¿De qué está usted hablando? — inquirió Lee —. ¿Ilegalidad? ¡Ya verá usted dentro de unos días o quizá mañana!

—Edward tiene razón — apoyó Lewis —. Con Ward, la alcaldía y la ciudad entera estarán en manos de los granujas a los que, durante todo este tiempo, hemos logrado mantener a raya. Pero ahora, sin freno alguno, se convertirán en los dueños de la calle, obrando a su antojo, desarrollando toda clase de tráficos ilegales y medrando por la violencia si es necesario.

—No creo que se atrevan a tanto...

—¡Es usted un iluso! —clamó otro de los presentes —. Con Cari en la

policía y sabiéndose a cubierto de cualquier acción legal, harán de la ciudad su víctima propiciatoria y reinarán por el terror. ¡Ya lo veremos!

—Por eso — volvió a recalcar Lewis — tenemos que fundar esta asociación, para defender nuestros derechos de ciudadanos honrados y hacer que esos granujas se percaten de que no estamos dispuestos a tolerar sus insanias.

—Pero si aún no han hecho nada...

—Lo harán, Anderson, no lo dude ni un solo instante. Y si nosotros, dando la publicidad necesaria a nuestros propósitos, logramos demostrarles que su victoria no ha sido sana ni legal y que estamos en guardia, es posible que consigamos detener un poco el salvaje impulso que su inesperado triunfo va a proporcionarles.

—¡Cuenten con mi periódico! —exclamó el joven director del “Star Tribune”, con los ojos brillantes por el entusiasmo —. Mañana, en la primera edición, saldrá a la luz un editorial explicando qué es y para qué se ha formado la Asociación para la Defensa Ciudadana.

—¡Magnífico, muchacho! —dijo Lewis—. El “Star Tribune” será nuestro periódico particular y en él pondremos todo lo que pueda ser de interés para el público y para la defensa de los intereses de la ciudad.

—Yo acepto la dirección de esta asociación—dijo Anderson—. No vaya a creer usted que no veo su necesidad, su urgente necesidad. Pero vuelvo a repetirles que, queramos o no, vamos a colocarnos en una situación de ilegalidad y que Ward, con los poderes que hoy posee, podrá hacemos callar cuando guste.

—¡Eso lo veremos!

—¿Usted cree, Lee?

—Desde luego, señor. Lo importante es no atacar al alcalde para nada, evitando así que tome poderes dictatoriales y que nos suprima, por ejemplo, la “Star Tribune”, lo que sería desastroso para nosotros.

—¿Entonces?

—Yo creo — prosiguió el policía — que lo mejor sería presentarnos desde el principio al público y a la opinión como una organización que desea denunciar todas las actividades criminales de los delincuentes, pero sin mezclar para ello, en nada, ni a la alcaldía ni a la policía.

—Es una opinión muy sensata — dijo el banquero.

—También lo creo yo así — dijo Anderson—. Y lo mejor, a mi parecer, es constituir ya esta asociación y plantear nuestros primeros planes.

El mayordomo llegó con nuevas bebidas.

* * *

Curtice penetró en el iluminado “hall”,' echando una rápida ojeada a su alrededor. Todo estaba animado y nadie podría percatarse de su presencia que, por otra parte, no extrañaría a nadie.

Desdeñando el ascensor, subió los pocos escalones que le separaban de la primera planta. Llevaba su pistola, con silenciador, pero cuando se detuvo ante la habitación en la que vivía Wilson optó por sacar el cuchillo, arma que prefería más en aquellas ocasiones.

Un cuchillo es silencioso, rápido y eficaz si lo empleaba una mano diestra como la suya.

Durante los pocos segundos que permaneció ante la puerta, se dijo que no debía fiarse mucho de aquel tipo que había sido capaz de cambiar la manera de pensar de casi toda la dudad con aquellas misteriosas linternas. Debería tener muchísimo cuidado y obrar velozmente, en cuanto Wilson abriese la puerta, propinándole un golpe mortal antes de que pudiera hacer nada por evitarlo.

Llamó al timbre.

La chicharra zumbó en el interior del apartamento, pero nadie fue a abrir. Era probable, coma pensó Thomas, que Wilson hubiera salido y se dijo que debía haber preguntado por Peter en la recepción. Sin embargo, no se movió de la puerta, ya que estaba seguro de que acababa de oír un ruido en el interior de la habitación.

Tenía el cuchillo en el interior de la manga y era imposible que nadie lo viese. Ahora, mientras esperaba un poco, sin saber aún qué decisión tomar, pensó, sin poderlo evitar, en otra ocasión idéntica a aquélla, en la que había solucionado el problema rápida y limpiamente, hundiendo el cuchillo en el cuerpo de Herton en cuanto éste abrió la puerta, sonriéndole ya que le sabía amigo.

Herton había tenido la mala idea de ganarle quince mil créditos al póquer, y Curtice, convencido de que había hecho trampas, lo mató y se apoderó no sólo de su dinero, sino del que Herton poseía en su habitación de un hotel de ínfima categoría de la ciudad.

Eso había sucedido hacía tres años y nunca supo la policía quién había dejado aquel cadáver abandonado detrás de la puerta. Pero si ahora lo recordaba Thomas, era porque deseaba repetir la hazaña y clavar el cuchillo en el cuerpo de Wilson, en cuanto éste abriera la puerta.

El ruido había cesado al otro lado de la madera y Thomas empezó a impacientarse.

Ahora pensaba que Peter seguramente estaba dormido y que había despertado, acercándose a la puerta sin llegar a abrirla. Era muy listo aquel tipo, no cabía la menor duda.

Y fue entonces cuando, movido por una repentina idea, Curtice empujó la

puerta “con la seguridad de que estaba abierta”.

¡No se equivocaba!

Una amplia habitación apareció ante él. Todo estaba en orden y Curtice avanzó, con el mango del cuchillo en la mano y la larga hoja dentro de la bocamanga derecha, poniéndole una sensación de frío en la muñeca del mismo lado.

No hizo el menor ruido mientras se adentraba en la habitación, después de cerrar cuidadosamente la puerta. A través de la ventana que tenía enfrente y que daba a la parte posterior del edificio, pudo ver, seis pisos más abajo, el amplio patio del garaje. Comprobó que había un desnivel enorme con la parte anterior, ya que el piso de Wilson era el primero.

Por un momento le pareció mentira que pudiera distraerse con aquellos estúpidos detalles; pero la verdad es que estaba seguro de que iba a suceder algo, sin poder explicarse cómo lo intuía.

De pronto una voz dijo:

—¡Hola, Curtice!

Se volvió, despertando de aquella especie de modorra que le había entrado de una manera tan incomprensible. Y al hacerlo, mirando hacia la puerta de comunicación que separaba el saloncito del dormitorio, los cabellos se le pusieron de punta, ya que ante él, igual que aquella noche de hacía ya tres años, Charles Herton estaba allí, sonriéndole, pero con una enorme herida en el pecho que manaba ininterrumpidamente un chorro de sangre escarlata.

El otro sonrió.

—Sí, soy yo, viejo amigo... ¿es que no me recuerdas?

—¡Es imposible! Tú no puedes estar vivo... ¡Te maté una vez y yo mismo seguí el cortejo cuando te llevaban al cementerio!

—Todo eso es verdad, pero he venido a verte. ¿A quién ibas a matar ahora, Thomas?

—¡Eso no te importa! ¡Tú ya estás muerto!

—Debes decírmelo. Te prometo que te dejaré tranquilo. Pero, si no me lo dices, me iré contigo por las calles para que la gente te vea a mi lado...

—¡No, eso no!

—Habla entonces.

—Vine a matar a un tal Wilson a quien tú no conoces.

—¿Te ganó también al póquer?

—No. Es un tipo curioso y el patrón me dijo que lo quitase de en medio. Me prometió un buen montón de billetes si lo hacía. También estaba allí Eric Archer.

—Muy bien. Ahora, si no quieres verme más, es mejor que cierres los ojos y te dejes guiar por mí.

—¿Me dejarás tranquilo?

—Desde luego.

Thomas se sentía tremendamente cansado, como si acabase de hacer una interminable marcha a través de países cuya existencia no. había sospechado jamás.

Obedeció y sintió, con un estremecimiento, que el otro le cogía del brazo. No se atrevió a respirar, manteniendo los ojos fuertemente cerrados. Siguió luego la dirección que el otro le Imponía, oyendo que se abría una puerta.

—Pasa el pie por encima, Thomas — ordenó Herton.

Lo hizo.

—¡Ahora el otro, aprisa!

Era muy tarde ya para darse cuenta de lo que ocurría, y así, ahogando un grito de horror, abrió los ojos en el mismo momento en que caía, por la ventana posterior de la habitación, hacia la superficie cimentada del garaje, seis pisos más abajo...

* * *

Todavía estaba durmiendo cuando el teléfono repiqueteó con una fuerza que le pareció desacostumbrada. Se desperezó y alargó una mano para descolgar el combinado.

—¿Quién es?—inquirió, con un tono de voz agrio.

—Soy yo, Archer. ¿Dormías aún, Webb?

—¡Naturalmente! Y si no hubieras sido tú quien llamaba, te hubiera echado una bronca fenomenal.

—Estoy en el bar, abajo, amigo mío. Voy a subir ahora mismo.

—¿Estás aquí? ¿Qué demonios pasa?

—Ahora te lo contaré.

Las palabras de Archer y, sobre todo, su presencia en el bar, despabilaron por completo a Webb, que saltó del lecho. Echó una ojeada a su reloj y vio que ya eran más de las diez y media de la mañana.

Nunca se levantaba temprano, pero comprendió ahora que era mucho menos temprano de lo que creyó al despertar.

Apenas se había puesto la bata y los chanclos cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Eric entró. Estaba completamente vestido de calle y parecía fresco y lozano como nunca, tan elegante como siempre.

—¿Un trago? — inquirió Sherman, dirigiéndose hacia el mueble bar.

—Si.

Eric encendió un cigarrillo y tomó asiento en un butacón. El otro, con los dos vasos en la mano, se acercó, tendiendo uno de ellos a su amigo antes de dejarse caer en otro sillón. Lanzó un suspiro profundo, como si todo aquello le costase, un sobrehumano esfuerzo.

Bebieron en silencio, pero éste no duró más que unos cuantos cortísimos segundos.

—¿Qué ha pasado? — inquirió Webb.

—Se trata de Curtice.

—No irás a decirme que Thomas ha fallado, ¿verdad? Anoche nos cansamos de esperarle...

—Esta mañana, Cari, el nuevo jefe de policía, me llamó para decirme que habían encontrado el cuerpo deshecho de Curtice en el garaje que hay detrás del hotel donde Wilson se hospeda.

—¡Canalla! ¡Ese hombre es un demonio!

—También creo yo eso...

—Cari no sabía nada naturalmente de lo que habíamos ordenado a Thomas.

—¿Se lo has explicado?

—¿Estás loco? No le he dicho absolutamente nada, ya que el alcalde sería informado inmediatamente.

—Bien hecho.

—Pero después de reflexionar un rato, me dije que lo mejor era pasar a charlar un poco con Wilson.

—¿Eh? ¿Fuiste a verle?

—Era lo más lógico. Quería presentarme ante él para decirle que estábamos muy contentos y agradecidos de lo que había hecho por nosotros y que deseábamos charlar con él.

—Pero él sabía que Curtice trabajaba para nosotros.

—No importa. Yo hubiera negado rotundamente saber nada de Curtice; después de todo, Thomas pudo obrar por su cuenta y riesgo.

—¿Y si Peter consiguió hacerle hablar antes de tirarlo por la ventana?

—También pensaba yo en eso, pero no creo que Thomas se fuese de la lengua.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque debieron de luchar y no tuvieron, con toda seguridad, tiempo de decirse nada.

—Tienes razón. ¿Y qué te dijo Wilson?

—Nada. Me dijeron que había salido para la Tierra en la primera astronave de esta mañana.

Webb dio un salto.

—¿Cómo? ¿Se ha ido?

—Sí.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Sherman

Luego exclamó:

—¿Será posible, Archer, que nos hayamos librado de ese tipo de una manera tan sencilla?

—Creo, simplemente, que hemos tenido mucha suerte.

—¡Y que lo digas! Desde ahora podré dormir tranquilo...

En aquel preciso instante la puerta se abrió.

—¡Buenos días, amigos!

Se volvieron los dos, palideciendo al mismo tiempo, con los ojos desorbitados por el estupor.

Porque bajo el dintel de la puerta y con una pistola en la mano, estaba el mismísimo Peter Wilson, el hombre aparentemente insignificante, pero con aquella peligrosa sonrisa helada en sus labios.

Cerró dulcemente la puerta y avanzó hacia ellos.

—Casi juraría que estaban hablando de mí. ¿No es así?

Ninguno de los dos hombres pudo articular una sola palabra. Un nudo se había formado en sus gargantas y tenían ya bastante dificultad para poder respirar.

Tomó una silla y se sentó a horcajadas, sin dejar la pistola ni un solo instante.

—Lo que tenemos que hablar es muy sencillo— dijo, sin dejar de sonreír —. Habéis cometido una equivocación muy grande conmigo, pero yo comprendo lo que habéis hecho, porque yo hubiese obrado de la misma manera. Olvidaremos, pues, lo sucedido y empecemos de nuevo, pero ahora con la seguridad de que la visita de Thomas no volverá a repetirse.

—Nosotros... — empezó a decir Eric.

—He dicho que todo eso está definitivamente olvidado. Porque vosotros ya no tendréis ocasión de tomar ninguna clase de iniciativas. Desde este mismo momento, yo, Peter Wilson, soy el jefe — levantó la pistola—. ¿Hay alguien que no esté de acuerdo?

—Yo, sí...—musitó Webb, blanco como el papel.

—Yo también estoy de acuerdo — dijo Eric, después de una pausa.

Wilson dejó oír una risita breve.

—Veo que poseo una mayoría aplastante... como la del candidato Ward. ¿No es maravilloso, muchachos?

CAPÍTULO V



L joven director del "Star Tribune", había trabajado sin descanso durante toda la noche, lanzándose ferozmente a la labor en cuanto abandonó la casa del ex alcalde Anderson. Movilizando a todos sus empleados, consiguió en aquella noche preparar una edición especial del periódico, viendo con alegría que, apenas había amanecido, las rotativas terminaban de lanzar su chorro de papel impreso.

Las camionetas repartieron a los distribuidores cuando apenas había nacido el día.

Ahora, ya cerca de las once de la mañana, sentado en su despacho, con los teléfonos ante él, que no dejaban de llamar, Tom experimentaba la agradable sensación de haber obtenido un triunfo rotundo.

Porque así había sido.

Desde los primeros momentos, el público había arrancado el periódico de las manos de los vendedores. Y el teléfono, los teléfonos, no habían dejado de llamar ni un solo instante, llevándole la mayor parte de las veces el entusiasmo de los lectores, que le felicitaban con toda clase de elogios y las otras llamadas, de los distribuidores que reclamaban más y más números.

Hasta que se decidió a empezar a montar una segunda edición.

La seguridad de que algo extraño había ocurrido en las elecciones se

demostraba ahora en el éxito obtenido por el "Star Tribune". El público deseaba saber la verdad y, además de telefonear, cartas, tarjetas y telegramas llovieron a centenares sobre la redacción del periódico, apenas había salido éste a la calle.

Todo el mundo estaba extrañado.

No estaba nada mal aquel imponente movimiento de la opinión pública y Tom pensaba sacar de ello el mayor partido posible. Pensaba que hasta era posible, si las cosas seguían así, reclamar unas nuevas elecciones, requiriéndolo, si era preciso, del mismo Consejo Mundial.

Una de las primeras llamadas le había llegado de la casa de Albert M. Anderson, quien le había felicitado cordialmente, preguntándole si iba a hacer una segunda tirada, porque en tal caso se había decidido a escribir un fulgurante editorial, dando al periódico el peso de su indudable personalidad.

—Lo escribiré en seguida — le había dicho Albert— y se lo mandaré con Marilyn.

Aquello había sido como el coronamiento de una jornada que era la mejor que Carter había conocido. Porque amaba a la muchacha desde hacía mucho tiempo y era plenamente correspondido por ella, aunque hasta el momento no se hubieran decidido, ni el uno ni el otro, a decir nada al padre de la joven.

Mientras esperaba a Marilyn, Tom no cesaba de dar órdenes a sus subordinados, haciendo que el nuevo número, que variaría un poco del anterior, fuese formándose en la imprenta, preparándolo todo para empezar el tiraje en cuanto el editorial de Anderson llegase a sus manos.

Suponía la tranquilidad del nuevo alcalde, pero tenía confianza en que Ward no se atreviese a mezclarse en aquellos asuntos, ya que su impopularidad se centuplicaría si la gente se enteraba de que había atacado al "Star Tribune".

Si intentaban algo — pensaba el joven—, lo harían por vía diplomática, cediendo para evitar que la opinión pública estallase contra ellos.

El teléfono interior se dejó oír en aquel Instante.

—¿Diga?

—Una señorita pregunta por usted.

Tom no pudo evitar la emoción.

—Hágala subir en seguida — ordenó.

Poco después, Marilyn aparecía en el despacho, hermosa como siempre, sonriente, y se lanzaba a sus brazos. Permaneció en ellos un buen rato.

Hasta que el sentido común se impuso en ello.

Y desasiéndose dulcemente del joven dijo:

—Seamos serios, Tom querido...

—¡No sabes lo contento que estoy, amor mío! ¿Te has enterado del éxito que estamos alcanzando?

—Sí. Leí la prensa mientras papá escribía el editorial para la nueva edición.

—¿Lo has traído?

Ella abrió el bolso y le entregó algunas cuartillas mecanografiadas.

—Aquí lo tienes.

—¡No quedará ni un solo periódico sin vender! En cuanto corra la voz de que tu padre se ha decidido a manifestarse, sólo unas horas después de las elecciones, la gente se pegará por leer lo que ha escrito.

El rostro de la muchacha se ensombreció. —Estoy muy intranquila, Tom.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo miedo.

—¿Miedo? — rio él—. ¿De qué tienes miedo, pequeña?

—No lo sé. Pero esa gente, los que están al lado del alcalde Ward, no son como nosotros, querido.

Y no dudarán en impedir, sea como sea, que el “Star Tribune” siga diciendo la verdad e incitando a la gente a pedir un nuevo comicio.

—¡No pueden impedirlo! Nadie puede atentar contra la libertad de prensa. Además, fíjate bien en que no nos referimos concretamente a nadie. Sólo decimos lo que, en realidad, está pensando toda la ciudad.

—Ya lo sé querido; pero de todas formas...

—¡Aleja esa mueca de tu rostro, Marilyn! Estás preciosa de todas las maneras, pero prefiero verte sonriente, alegre, dichosa...

—Lo seré totalmente cuando todo esto haya terminado y se haya normalizado la situación.

—Pronto lo conseguiremos, amor mío. Y entonces nada me impedirá decirle a tu padre lo que siento por ti.

La besó y fue después al despacho para llamar a uno de sus empleados, al que entregó las cuartillas que le había llevado la muchacha.

Cuando estuvieron de nuevo solos, ella preguntó:

—¿Es que ni siquiera lo lees, Tom?

—¿Leerlo? ¿Para qué? Sé que tu padre dirá lo que debe... y además quiero leerlo una vez esté impreso, en primera página, a doble columna y con letra especial.

—Como quieras.

—No irás a marcharte ya, ¿verdad?

—Tengo que volver a casa, Tom. Puede necesitarme mi padre.

—¡Si vieras la envidia que le tengo!

—¿Por qué?

—Porque él te tiene a su lado a todas horas. ¿Te parece poco?

Ella rio, mostrando una dentadura tan perfecta como blanca.

—Ya tendrás tiempo de tenerme a tu lado, Tom.

Y hasta es posible que llegues a cansarte.

—¡No digas eso! ¿O es que quieres hacerme daño en un día tan maravilloso como éste?

Fue ella a contestar, sin dejar de sonreír, cuando sonó uno de los teléfonos,

—¡No me dejan en paz ni un solo momento! Perdona, querida... —Descolgó—. ¿Diga?

—Hay un hombre que desea verle urgentemente, señor. Dice que debe decirle algo de la mayor importancia.

—¿No le ha dado su nombre?

—No, pero espere un instante; voy a preguntárselo.

Hubo una pausa. Luego dijo:

—¿Señor Carter?

—¿Sí?

—Dice llamarse Harry Sonder.

—¿Sonder? No recuerdo a nadie de ese nombre...

—¿Qué hago entonces, señor?

Carter decidió:

—Que pase.

—Bien.

Colgó y se volvió hacia la muchacha.

—No te vayas, Marilyn. Es sólo un momento. Siéntate aquí, a mi lado. Terminaré con esa visita en un abrir y cerrar de ojos.

Se abrió entonces la puerta dejando pasar a un hombre regordete, de aspecto simpático, sonriente, que llevaba una voluminosa cartera en la mano.

Avanzó hacía Carter y estrechó la diestra que éste le tendía; después, a la invitación del periodista, se sentó en uno de los sillones del despacho.

—Usted dirá, señor Sonder.

—Sí. Ya me imagino que tendrá usted muy poco tiempo, pero no se arrepentirá de haber tenido la amabilidad de recibirme. Amigo mío, le traigo materia para provocar un verdadero escándalo en la ciudad.

—¿De qué se trata? — inquirió Carter, vivamente interesado ya.

El otro abrió la cartera y sacó unos papeles que dejó sobre la mesa. Éstos estaban sujetos por una goma. Desembarazó el paquete del elástico y dijo:

—Aquí están las cartas escritas por nuestro actual alcalde a dos granujas conocidos: Eric Archer y Webb Sherman. Toda esta correspondencia demuestra, señor Carter, que ya antes de las elecciones estaban preparados para trabajar juntos...

Tom podía apenas dominar su emoción.

—¿Puedo ver una de esas cartas? — preguntó tendiendo tímidamente la

mano.

—Puede verlas todas, amigo mío: para eso se las he traído.

Carter leyó rápidamente la primera.

Su rostro expresó el asombro que aquello le producía.

—¿Qué le parece? — inquirió el visitante.

—No sé lo que decir... pero sólo quiero agradecerle lo que hace por el bien de la ciudad, señor Sonder. Usted dirá lo que pide por estos documentos.

—¡Me ofende usted! Yo soy un ciudadano consciente y sólo deseo que triunfe la verdadera causa del bien.

—¡No sé qué decir!

—No tiene importancia.

—¿Puedo saber, amigo mío, cómo llegaron estos documentos a sus manos?

—Se lo diré; pero ha de prometerme que no publicará nada de lo que le cuente.

—Tiene usted mi palabra.

—Mi hija Dora estaba de doncella en casa del nuevo alcalde. Un día, antes de las elecciones, Dora me habló de estos documentos, pero entonces no quería saber nada, ya que siempre me había imaginado una cosa así. Por eso prohibí a mi hija que los tocase; pero ahora, después de lo que han hecho con las elecciones, la cosa cambia por completo. ¿No le parece?

—Desde luego.

—De ahí que pidiese a Dora que se apoderase de ellos. Y en cuanto ha podido traérmelos, me he apresurado a venir aquí, seguro de que ustedes los utilizarían para desenmascarar a esos granujas.

—¡Y lo haremos, señor Sonder! Puede estar completamente seguro de que saldrán íntegramente en la próxima edición, en la de la tarde.

El hombrecillo se puso en pie.

—Ya no tengo que hacer aquí —dijo, sin dejar de sonreír—. Por si algo necesita de mí, voy a dejarle una de mis tarjetas. No vivo muy lejos del periódico.

Tom tomó la tarjeta y acompañó después al hombre hasta la puerta de su despacho.

—Prometo enviarle a su casa un número en cuanto salgan de las prensas — ofreció.

—¡Muy agradecido!

—A usted.

Una vez cerrada la puerta, Carter se volvió radiante hacia la muchacha, que se había puesto en pie.

—¿Qué te parece, amor mío? ¿Verdad que la suerte debía ponerse, como lo hace ahora, de nuestro lado?

—Va a ser un gran éxito tuyo, Tom.

—¡Y de todos! Nunca pensé que pudiésemos dar un golpe tan grande a Ward poquísimas horas después de haber sido elegido.

—Ese hombrecillo te demuestra que hay aún gente buena en el mundo.

Tom se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

Le susurró al oído;

—Pronto estaremos juntos para siempre, muñeca... Las cosas van a arreglarse mucho antes de lo que todos pensábamos.

—Desde luego, Tom. Ahora tengo que irme...

Él frunció el entrecejo al ver el cambio súbito de expresión que se operaba en el rostro de la muchacha.

—¿Qué te ocurre, querida? — preguntó.

Pero ella contestó sonriendo:

—Debo de tener alucinaciones.

—¿Por qué?

—¿Es que no oyes, como yo, el tictac de un reloj, Tom?

Prestó oído el periodista y escuchó atentamente en el silencio que se había hecho.

Después dijo:

—Es cierto. Oigo algo así como el tictac de un reloj.

—¿Qué será? — preguntó ella.

—No lo sé. Pero vamos a saberlo en seguida. Guarda un poco de silencio, ¿quieres?

Volvieron a escuchar y esta vez, orientándose, Tom se acercó a la mesa de despacho.

Fue entonces cuando lo vio.

—¡Fíjate, Marilyn! El señor Sonder se ha dejado la cartera en el suelo, junto a la mesa...

Se acercó un poco más al objeto, oyendo entonces claramente el tictac.

—Lo que suena está dentro de la cartera — dijo.

Luego, de repente, dándose cuenta de lo que aquello podía significar, corrió hacia la muchacha y la tomó por el brazo.

—¡Vamos, amor mío! Aprisa! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Pero...

—¡Corramos! ¡Ese Sonder es un asesi...!

No dijo más.

Una lívida y cegadora llamarada les envolvió, y mucho antes de que la explosión se dejase oír, conmoviendo el edificio hasta sus cimientos, sus cuerpos habían sido destrozados por la deflagración.

CAPÍTULO VI



DWARD LEE penetró como una exhalación en el despacho de Budds.

Sin hacer caso a la expresión de asombro que, por aquella inesperada entrada, aparecía en el rostro de la secretaria, el ex jefe de policía avanzó hacia el despacho del agente de la SIP y apoyó ambas manos en el borde de la mesa.

—¡Han hecho saltar el despacho de Tom Carter en el “Star Tribune”! —exclamó.

—¿Eh?

—¡Como lo oye! Y lo peor es que la hija de Anderson estaba allí y ha muerto junto con Carter.

Un estremecimiento recorrió la espalda de Don,

Luego, mordiéndose los labios, preguntó mirando fijamente al otro:

—¿Por qué han hecho eso?

—Se había formado una Asociación de Defensa de los Ciudadanos y Tom se encargó de decir la verdad en su periódico.

Budds frunció el ceño.

—Se precipitaron ustedes demasiado — dijo—. El señor Anderson me encargó que buscara pruebas contra Archer y Sherman: eso es todo lo que debíamos hacer por el momento. Había que esperar a que ellos mostrasen su

juego,..

—¿Y cree que no lo han hecho ya?

—Ustedes les han empujado a ello. No se puede atacar una candidatura horas después de que haya conseguido una aplastante mayoría en las urnas.

—¡Ya sabe usted que por fuerza ha debido de haber trampa!

—Pero no podemos demostrarlo, al menos por el momento, Y si ustedes hubieran tenido un poco más de paciencia, ese periodista y esa muchacha estarían aún vivos.

Los ojos de Lee lanzaron chispas.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre decir? — bramó—, ¡Yo siempre creí que los agentes de la SIP no se pasaban las horas metidos en un despacho!... Pero veo que me equivoqué. Está bien, Budds. Sepa que no contamos para nada con la Spacial International Police. Nos arreglaremos a nuestra manera... ¡Adiós!

Y salió dando un portazo.

Don encendió un cigarrillo, mirando después a Helen, que no despegaba los ojos de él.

—Diga lo que quiera— le dijo.

Y ella, sonrojándose, se volvió hacia el archivador; pero tornó a darle la cara segundos después.

—Y bien: voy a decirle lo que pienso, señor Budds.

—¿De veras?

—Sí. Ya sabe usted que no me gusta meterme donde no me importa y que mi misión aquí es la de manejar este archivo y estar a su servicio. Pero comprendo perfectamente lo que ha dicho el señor Lee.

—¿Está usted de acuerdo con él?

—¡Completamente!

—Ya veo... Y cree usted que no debo quedarme en el despacho, ¿verdad?

—Eso es. La verdad es que cuando logré este trabajo, mis amigas me envidiaban pensando en todo lo que de emocionante iba a ver aquí. ¡No se imaginan ellas que esto es como una oficina en la Compañía de Seguros donde antes prestaba mis servicios!

Una sonrisa asomó a los labios de Budds.

—No hace mucho tiempo que usted decía que no estaba dispuesta a meterse en nada, fuera de su trabajo de oficina.

—¡No me lo eche en cara! Es cierto... pero yo estaba plenamente convencida de que usted era uno de esos policías que no para hasta detener a los culpables.

—Veo que sus amigas y usted han leído demasiado. Igual le ocurre a Edward Lee...

—¡Él le demostrará muy pronto cómo se acaba con los granujas de la ciudad!

—No lo dudo.

—Entonces ¿para qué le mandaron aquí?

La sonrisa de Don se acentuó.

—Para discutir con mi secretaria. ¿No es bastante?

Ella le fulminó con la mirada. Se volvió para, con dedos nerviosos, movidos por la cólera, colocar las fichas que estaba clasificando.

Olvidando aquella interrupción, Budds continuó examinando los papeles que estaba leyendo cuando Lee le interrumpió. Luego encendió un cigarrillo y escribió una carta, de puño y letra. Cerró el sobre con cuidado y puso en él la contraseña que haría que su contenido se enviase por una especial línea secreta.

—Voy a almorzar, señorita. Usted puede hacer lo mismo...

—¡No quiero salir! — replicó ella sin volverse—. Se me ha cortado el apetito y voy a quedarme a trabajar un poco más.

Él exclamó:

—Como usted quiera.

Abandonó el despacho y subió al coche que tenía aparcado junto a la acera. Con mano segura y permitiendo ahora que su entrecejo se frunciese, se dirigió hacia el centro de la ciudad. Se detuvo ante el “Kimber”, el local más elegante de la villa y cuyo edificio estaba pegado al del almacén de licores que poseía Sherman.

Budds sabía que allí estaba situado el Estado Mayor de Webbs, según había leído en el detallado informe que le había proporcionado el ex alcalde Anderson.

La sala estaba maravillosamente decorada y lujosamente cuidada en sus más mínimos detalles.

Pero no era aquello lo que interesaba al agente de la SIP. Lejos de la opiniones que había expresado tan duramente el ex jefe de policía, Don lamentaba sinceramente que los hombres que debían mantenerse tranquilos en aquellos momentos se dejasen llevar por una vehemencia que no iba a servir más que para que sus enemigos, poderosos ahora, encontrasen justificada una acción violenta.

Don pensaba que había llegado el momento de actuar, pero quería hacerlo a su modo, obrando por cuenta de la SIP y sin mezclarse en asuntos políticos de la ciudad que no eran de importancia para él.

¿Por qué había ido al “Kimber”?

Ésa era la pregunta que se estaba haciendo cuando el camarero le preguntó qué deseaba.

—Comer—-repuso el joven.

El hombre le tendió la carta y Don eligió lo que más le gustaba; pero cuando el camarero iba a retirarse dijo:

—¡Un momento!

—¿Desea algo más el señor?

—Sí. Quiero pagar ahora. Espero una llamada y es muy posible que tenga que marcharme sin que tenga tiempo de terminar el almuerzo. ¿Qué le debo?

El otro hizo una rápida adición.

—Trece con veinte, señor.

—Tome quince y quédese con el resto.

—Gracias.

Don se curaba en salud.

Estaba pensando en que algo podía producirse, aunque no sabía qué. Y deseaba estar preparado para lo que fuese, sin tener que molestarse en esperar al camarero, que podía alarmarse al ver que se marchaba sin pagar.

Mientras probaba el excelente plato de entremeses que le llevaron en primer lugar, Budds no dejó de mirar a su alrededor, vigilando las idas y venidas de los que se movían por el salón. Había elegido una mesa que quedaba de espaldas a la salida y tenía ante él la monumental barra, ocupada en aquellos momentos por hombres y mujeres, la entrada de la orquesta, que no estaba en aquellos momentos, y una puerta de madera maciza a la derecha.

Era precisamente aquella puerta lo que le preocupaba.

Hubiese dado cualquier cosa por poderla pasar, penetrando en lo que suponía, sin temor a equivocarse, el despacho de Webb Sherman, donde tantas y tantas cosas debían estar forjándose en aquellos días.

Habiendo recibido junto al informe de Anderson varias fotos de los dos granujas importantes de la ciudad, Don estaba seguro de que los reconocería inmediatamente.

Fue entonces cuando la puerta se abrió.

Seguro de que nadie prestaba atención a aquel lugar, Don se permitió observar detenidamente al hombre que salía lentamente de allí. Era bajito, de unos cincuenta años, bien conservado y de aspecto amable y servicial

El hombre, que llevaba algo en la mano, cerró la puerta, se detuvo junto a ella para examinar lo que, al moverse entre los dedos, resultó ser un regular fajo de billetes.

Una expresión de gozo brotaba de su rostro y los ojos le brillaban intensamente.

A pesar de la distancia que le separaba de aquel hombre y de que la luz en el rincón de la puerta no era muy intensa, Don pudo observarlo con detalle, diciéndose, mientras bebía un trago de cerveza para hacer pasar el último bocado, que la suerte le había favorecido mucho más de lo que esperaba.

Una vez contados los billetes y colocados cuidadosamente en su cartera, el hombre hundió ésta en el interior de un bolsillo y lo abotonó despacio. Después pasó los dedos sobre el botón, como si desease convencerse de que la cartera estaba a buen recaudo donde la había puesto.

Luego echó a andar hacia el salón.

Don esperó a que el hombre hubiera pasado por su lado. Volvió a ver, mucho mejor que antes, la expresión de alegría apenas contenible que enarbolaba su rostro. Luego, cuando el hombre había llegado casi a la puerta de salida, el agente de la SIP se levantó, dejó la servilleta sobre la mesa y apretó el paso en pos del otro.

Salió con tiempo para ver que el hombrecillo subía a un coche minúsculo y bastante usado, que se puso en marcha con un ruido exagerado en sus reactores.

Don se dirigió hacia su coche y lo puso en marcha para empezar a seguir al hombrecillo de cara afable.

Atravesaron parte de la ciudad antes de que el hombre de los billetes se percatase de que le seguían. Alocado, clavó su mirada en el espejo retrovisor. Después volvió la cabeza varias veces y apretó el acelerador a fondo. Tomó una de las grandes avenidas externas, que era lo que precisamente estaba esperando Don.

Con el dinero que llevaba en la cartera, el hombrecillo debía sospechar solamente que alguien deseaba robarle. Por eso, mientras conducía, a la máxima velocidad que le permitía su anticuado vehículo, se ponía la mano, de vez en cuando sobre la chaqueta para comprobar que la bien repleta cartera seguía siempre en el mismo lugar.

Don esperó que hubieran llegado a la desembocadura de la avenida en la autopista amplísima que llegaba desde el espaciódromo. Y dispuesto a cortar aquella estúpida persecución, que había llegado a su fin práctico, dio un golpe de acelerador a su poderoso coche, pasando junto al otro y cerrándole el paso de tal manera que le obligó a detenerse ante el temor de caer en la cuneta que rozaba ya con sus neumáticos.

El agente saltó ágilmente a tierra y corrió hacia el vehículo, cuya puerta izquierda abrió.

—¡Salga de ahí!

El hombre estaba blanco como una pared y temblaba de arriba abajo.

—Pero... — se atrevió a balbucir.

—¡Salga si no quiere que lo saque de las solapas!

El hombre obedeció, teniendo que levantar la cabeza para mirar a Don a la cara, ya que la estatura de éste se imponía ante su pequeña talla.

—¿Qué... desea... us...ted? — preguntó dominándose un poco.

Don esbozó una sonrisa.

Luego dijo:

—Nadie va a quitarle el dinero, amigo — dijo, viendo que el otro emitía un suspiro de satisfacción; pero, en seguida, endureciendo el tono de su voz dijo—: Pero quiero saber por qué lo ha ganado.

—Un pequeño negocio.

Don se percató de que la confianza había vuelto al hombrecillo y que la expresión de terror había desaparecido casi enteramente de su rostro.

—¿Qué negocio?

—Venta de licores.

El dorso de la mano de Budds le golpeó, cuando menos podía esperarlo, haciendo que la sangre brotase abundantemente de los labios.

El hombre lanzó un gemido.

—Estoy esperando que hables —dijo el agente.

Esperó a que el otro, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, terminase de limpiarse la sangre de la boca.

—¿Por qué te dieron ese dinero? — inquirió de nuevo.

—Voy a decírselo todo, señor... No me pegue más.

—Te escucho.

—Me dieron un paquete de cartas y un reloj de regalo para llevarlo a la dirección del Star Tribune.

—¿Un paquete de cartas?

—Sí. Me dijeron que era la correspondencia secreta entre el nuevo alcalde y Webb Sherman.

—Pero... ¿no ha sido el mismísimo Sherman quien te ha pagado hace poco?

—No, señor. Yo no conozco a Sherman,

—¿No has salido de su despacho?

—No. Yo fui llamado a un reservado, en el primer piso del “Kimber”.

—¿Y quién te dio el dinero?

—El antiguo jefe de la policía, señor.

Don miró al hombrecillo con incredulidad.

—¿Edward Lee?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Completamente, señor.

—¿Y fue él quien te envió con las cartas y el reloj al “Tribune”?

—Si.

—¿No has sabido que ese reloj era en realidad una bomba?

—He leído lo ocurrido allí, pero nunca me imaginé que fuera lo que llevé yo. En realidad, no puedo creerlo.

—¿Por qué?

—Porque yo mismo vi el reloj que el señor Lee envolvió en un papel delante de mí. Fue cuando me dijo: “Deje ese reloj como si olvidase la cartera. Es una sorpresa que quiero darle a mi buen amigo Carter.”

—¡Desde luego que fue una sorpresa!

Hubo una pausa.

Después el hombrecillo preguntó con tono lastimero:

—¿Puedo irme ya, señor?

El cerebro de Don funcionaba a toda velocidad, pero no lograba comprender lo que acababa de oír, negándose casi a dar crédito a las palabras de aquel hombre.

Sin embargo no olvidaba que Lee había sido el primero en anunciarle lo del periódico, lo que podía ser, examinado desde el nuevo ángulo, la mejor de las coartadas.

Miró al hombrecillo.

—Está bien — le dijo—. Creo lo que me has dicho, pero te advierto que, sea quien sea el que está detrás de todo esto, no podrá escapar a la SIP.

—¿Cómo? ¿Es usted de la SIP?

—Sí. Y nada me importa que se lo digas a tus amigos. Por ahora no me interesa detenerte..., pero ten mucho cuidado. Porque pronto tendrás que demostrar ante un tribunal que no tuviste culpa alguna en la muerte de Carter y la señorita Anderson.

—¡Le juro que creí que era un reloj!

—Bueno. ¡Lárgate ahora!

Y Don se quedó allí, en mitad de la autopista, siguiendo con la mirada al coche del hombrecillo que se alejaba a cuanta velocidad podía permitirle su anticuado motor.

CAPÍTULO VII



A niebla mental en que estaba su cerebro, rodeándolo por completo, prosiguió su dominio sobre él mientras el hombrecillo, que no era otro que Sonder dirigía su coche hacia el centro de la ciudad. Lo abandonó en Space Square, después de comprobar que nadie le seguía, penetrando por la puerta de servicio en el edificio del "Kimber", de donde había salido media hora antes.

Con paso rápido subió por la escalerilla metálica, hasta llegar al primer piso, en cuyo rellano no había más que una puerta a la que llamó, dando tres golpes rápidos y uno corto.

La puerta se abrió poco después y un hombre, al que Sonder no conocía, pero que debía esperarlo, lo condujo por un largo pasillo a una habitación, un inmenso living, donde se encontraban tres hombres: Eric Archer, Webb Sherman y Peter Wilson.

El hombre que acompañó, a Sonder se limitó a abrir y cerrar la puerta para que aquél pasase. Y el hombrecillo se quedó junto al dintel, mirando estúpidamente a los presentes.

Wilson tenía una cajita ante sí y sonreía, sin dejar de mirar al recién llegado.

—Has tenido un percance, ¿verdad? — inquirió, después de unos instantes de silencio.

—Sí —repuso Sonder—. Me siguieron, cuando salí de aquí y me golpearon. Pero no me quitaron el dinero.

—Bien. ¿Quién era?

—Un agente de la SIP.

Wilson miró a los otros, cruzándose entre ellos una mirada de inteligencia,

—¿Qué te dijo?

—Me preguntó por qué me habían dado este dinero y le dije quién había sido.

—¿Quién ha sido?

—Lee, el ex jefe de la policía.

—Es cierto. Pero ya sabes que ahora debes dárnoslo a nosotros. Mi amigo Webbs lo guardará para dártelo en cuanto lo necesites. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

Sacó la cartera, de la que extrajo el fajo de billetes, que entregó a Sherman.

—Ahora — siguió ordenando Wilson — vete a casa y descansa. Te llamaremos pronto.

—Sí, señor.

El hombre abandonó el salón y oyeron sus pasos y los de su acompañante que le conducía hacia la puerta trasera.

Luego Sherman, mirando con admiración a Wilson, dijo:

—¡Si no lo veo con mis propios ojos, jamás lo hubiera creído!

—Pues ya lo has visto. Pero no es esto lo que nos interesa. No sabíamos, hasta ahora, que la SIP tenía un agente en la ciudad. Es un peligro que hay que eliminar rápidamente.

Intervino Eric:

—¿Y no podías neutralizarle como a los demás?

—No. Lo ensayé en la Tierra y vi que no era posible.

—¿Es que son distintos a los demás humanos?

—No sé lo que ocurre, pero ya os he dicho que es imposible obrar contra ellos. Y no es eso lo que importa, sino neutralizar su funesta presencia en la ciudad, cosa que podría echar por tierra todos nuestros proyectos.

—¿Tan peligroso lo crees?

—Vosotros no sabéis nada de la SIP. Hasta ahora, por suerte, no tuvisteis que luchar más que con policía local y alcaldes más o menos serios. Pero la gente de la SIP no se anda por las ramas. Y si ese tipo está aquí, no parará hasta terminar su misión, lo que quiere decir que no cejará hasta meternos en la cárcel.

Hubo un silencio.

Luego Webb, que estaba mucho menos tranquilo que antes, dijo:

—Habrá que hacer algo.

—Naturalmente — replicó Wilson—. Y de eso voy a encargarme personalmente. Tengo una cuenta pendiente con la Spacial International Police...

Entornó los ojos. Después dijo:

—Hace ya muchos años que yo estaba preparando algo grande... Contaba para ello con los laboratorios de la Universidad de Boston. Y hubiera conseguido lo que me proponía si un agente no hubiese metido las narices en lo que no le importaba. Fui expulsado, aunque logré que no consiguieran saber qué era lo que yo llevaba entre manos. Ahora pagará éste por aquél...

Se puso en pie y mirando a sus dos compinches dijo:

—He repartido quince linternas para el golpe de esta tarde — sonrió—, pero espero que hayáis aprendido la lección. Esas linternas se descargan solas, al cabo de unas horas. Además no valen nada sin esta caja.

—No temas, Wilson—dijo Eric—. Nunca más volveremos a meternos en lo que no nos importa.

—Así me gusta... Pero prefiero que no olvidéis a Curtice. Os aseguro que pasó un mal rato antes de tirarse por la ventana. ¡Bien, dejemos todo eso! Dirigiré la operación desde donde me encuentre y los muchachos no tendrán más que aprovecharse del alboroto. Nadie desconfiará de nosotros, puesto que son vuestros adversarios los que llevarán a cabo el esfuerzo principal.

—Bien. ¿Y qué hacemos nosotros dos?

—Esperar aquí. Cuando los muchachos vuelvan, haced una clasificación y un recuento de todo lo que traigan.

—De acuerdo.

Había tomado la cajita, del tamaño de un transistor mediano y se la había

metido en el bolsillo del gabán.

Y cuando estaba, junto a la puerta, se volvió, sonriente, seguro de sí mismo.

—Ahora voy a dedicar un rato a ese entrometido agente de la SIP. Y os aseguro que pasará un rato inolvidable..., antes de morir.

Cerró la puerta y Eric, una vez solo con el otro, se permitió el lujo de estremecerse.

—¿Qué demonios te pasa? — preguntó Webb.

—No puedo evitarlo — repuso el otro—. Ese tipo me da escalofríos.

* * *

La pelirroja secretaria de Budds llegó aquella mañana de bastante mal humor a la oficina. Y se alegró, sobremanera, al comprobar que su jefe no estaba, circunstancia que le evitaba un choque matinal que le hubiera disgustado aún más.

En realidad Helen Olmer no era, ni muchísimo menos, lo que aparentaba y desde un principio se emocionó, como debía ocurrirle normalmente a una muchacha, cuando se enteró del lugar al que iba destinada.

¡La Spacial International Police!

No había ningún joven, chico o chica, que no conociese a la famosa organización y no hubiera leído mil veces las hazañas de Donald Callowan y sus hombres, muchas de las cuales habían librado a la humanidad de peligros verdaderamente espantosos. Pero nunca había imaginado Helen, y de ahí su descontento, un agente como Donaldson Budds.

Y no era que no se sintiese atraída hacia aquel hombretón, cuya fuerza física debía de ser enorme. Pero ella había creído, desde su llegada a la oficina, que un agente de la SIP era un hombre que se pasaba la vida luchando, persiguiendo a los criminales en plena calle, desenmascarando a los que ocupaban puestos importantes y volviendo tarde al despacho para contar, en emocionadas y escalofriantes frases, sus hazañas a su secretaria, que terminaba impepinablemente por enamorarse de él.

¿Estaba enamorada de Budds?

Frunció el ceño mientras se dirigía al fichero.

No y mil veces no.

A la idea de que su corazón le hubiera jugado una mala pasada, se puso aún más furiosa. Abrió el fichero con rabia y vio, en el último compartimiento, el revólver que, el día de su llegada, le había dado Don diciéndole al mismo tiempo que lo guardase por si alguna vez ocurría algo en la oficina.

¿Pasar algo allí?

No pudo por menos de sonreír con burla ante tan peregrina idea. Le había dicho, hacía poco, que aquello se parecía mucho a la oficina de la Compañía de Seguros donde había trabajado antes. Y ahora estaba plenamente convencida de que no había exagerado nada.

Cerró el cajón donde estaba la pistola, abrió el cajón superior y empezó a colocar las fichas que habían llegado de la Tierra últimamente. La SIP procuraba enviar a todas sus delegaciones las fotos y datos de los sospechosos que se hallaban en libertad y que podían buscar refugio en los planetas del Sistema.

En efecto, Marte y Venus eran lugares nuevos en que hombres fuera de la ley podían establecerse con muchísima más probabilidad de abrirse camino que en las viejas ciudades del mundo, sobre todo cuando tenían a los agentes de la Spacial International Police tras ellos.

Y era allí, en el fichero, donde Helen se permitía soñar un poco, volviendo a las andadas e imaginando que Budds era lo que ella había pensado que fuese: un joven que salía cada mañana de caza y que volvía, cansado pero feliz, al caer la noche, después de haber dejado en la prisión de la ciudad a un peligroso delincuente.

El teléfono la sacó de aquel mundo de fantasía.

—¿Quién es?

—¿Oficina de la SIP?

—Si.

—¿Está Don?

—No, no ha venido aún.

—¿Es usted su secretaria?

Helen estuvo a punto de decir “desdichadamente, sí”, pero se limitó a asentir con un gruñido.

—Bien. Dígale que su amigo Ta está aquí y que irá a verle en el curso de la jornada.

—¿Ha dicho usted Ta?

—Eso mismo.

—Perfectamente, señor “Ta” — y dio a esta última palabra un retintín burlón—. Comunicaré al señor Budds que está usted aquí.

—Muchísimas gracias, señorita. Adiós.

—Adiós.

Colgó y sin dejar de sonreír, se dirigió al fichero.

—“Ta” — dijo, siempre con la sonrisa en los labios—. ¡Lo único que me faltaba oír! Y no me extrañaría que sus amigas se llamen “Chichi” o “Fini”, o

algo así... ¡Cielo santo!—Y miró el retrato de Callowan—. ¿Cómo pudiste admitir en la SIP a un hombre como éste?

Justamente, en aquel momento, la puerta se abrió para dar paso a Don, que sorprendió parte de la frase que la muchacha dirigía a la foto.

Frunció el entrecejo.

—¿Decía usted algo, señorita Olmer? — preguntó.

Ella se sobresaltó, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos, que ya eran bastante rojos.

Luego explicó:

—No, estaba hablando conmigo misma.

—¡Ah!

Él avanzó hacia el despacho y consultó, sin sentarse, una carpeta que había sobre la mesa.

—¿No ha habido nada nuevo? — preguntó luego.

—¡Ah, sí! — exclamó ella, acercándose a la mesa y mirándole, deseosa de ver cómo reaccionaba ante el recado que Iba a darle—. Su amigo "Ta" ha llamado, diciendo que estaba ya aquí.

—¿"Ta"?

—Sí. Ése es el nombre que me ha dado.

Don sonrió.

—Muchísimas gracias, señorita. Ahora voy a salir. Tengo un apetito enorme y deseo desayunar Suerte hoy.

—Perfectamente. Y sepa que estoy terminando de ordenar el fichero. Se lo digo para que vaya preparándome otro trabajo.

—No corre prisa.

Ella exclamó:

—¡Desde luego! Si en algún sitio debiera estar el Reino de la Suprema Tranquilidad debía de residir aquí.

—¿No le parece hermosa esta tranquilidad?

Ella no pudo más y le volvió la espalda.

—¡Bah!—lanzó con evidente despecho.

Budds abandonó el despacho y ella, cuando él salió, se sintió más decepcionada que nunca.

—¡No piensa más que en comer! Mientras los asesinos del periodista y de esa pobre muchacha corren por ahí, libremente, carcajeándose de la solemne estupidez de un cierto agente de la SIP.

Transcurrió toda una hora antes de que llamasen a la puerta. Y Helen, que

estaba soberanamente aburrida, agradeció aquella interrupción, diciéndose, además, que era la primera visita que recibía la oficina, a no ser de la rapidísima que había hecho Lee, el ex jefe de policía, para decir a Budds cuatro verdades que ella había apoyado.

Un hombre bajito y sonriente estaba ante la puerta y ella le hizo entrar.

—¿No está el señor Budds? — inquirió el hombre.

—No. Acaba de salir, pero creo que volverá pronto.

—No tendré tiempo de esperarle. Usted es su secretaria, ¿verdad?

—Sí, señor. Si puedo hacer algo por usted...

El sacó un sobre.

—Verá usted, señorita. Yo hubiera querido entregar esto en propia mano al señor Budds, se trata de algo importante, importantísimo... ¡Son las fotos del hombre que colocó la bomba en el despacho del “Star Tribune”!

—¿Eh?

—Lo que usted oye, señorita. Yo soy fotógrafo callejero y la saqué por verdadera casualidad, mientras fotografiaba una pareja que deseaba una “photo-souvenir”. Mírelas.

Sacó las cartulinas del sobre y se las mostró a la sorprendida muchacha, cuya emoción era apenas contenible.

—¿Es éste? — preguntó, señalando al hombre que salía de la puerta del “Star Tribune”.

—Sí. El mismo. ¿Cree usted que estas fotos serán de utilidad para la SIP?

—¡Y cómo! Acaba usted de proporcionar al señor Budds los datos que le faltaban.

—No sabe cuánto me alegro de poder ser útil a la SIP: siempre sentí una admiración extraordinaria por estos valientes muchachos. Ahora debo irme, señorita...

—¿Quiere decirme su nombre, señor?

—Sí. Me llamo Alex Tilson. Y vivo en Copernic Street, en el número 2222. Fácil de retener, ¿verdad?

—No se me olvidará fácilmente. Y puedo prometerle que el señor Budds pasará a darle las gracias personalmente.

—No hace falta que se moleste. Yo no he hecho más que cumplir con mi deber.

Se dirigió hacia la puerta y estrechó la mano que cordialmente ella le tendía.

Una vez sola, Helen se sentó para mirar las fotos, experimentando una sensación de contento.

¿Por qué no sería ella un hombre?

¡Entonces demostraría a Budds lo que debía ser un verdadero agente de la SIP!

Aunque, después de todo...

Ella había leído en una historia de la Spacial International Police que un falso agente se hacía cargo de una delegación, trabajando para los bandidos en vez de hacerlo para la policía. El verdadero agente fue secuestrado y tuvo que intervenir el propio Callowan para desenmascarar al impostor y librar al prisionero.

¿Y si Budds no fuese el verdadero? ¿Y si aquel hombre era un impostor a sueldo de Ward y de los bandidos de la ciudad? ¿Y si el verdadero Don estaba atado de pies y manos en algún lugar ignorado?

Porque, después de todo, el Budds que ella conocía no había hecho absolutamente nada. Había dejado que los criminales campasen regiamente, matando a periodistas y muchachas, sin tomar ninguna decisión ni detener a nadie. Incluso se había opuesto a los proyectos de la organización de Defensa Ciudadana que había encabezado Anderson...

¡No le cabía la menor duda!

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta entonces?

Porque ahora lo veía todo con una claridad meridiana, sin que ninguna duda pudiera demostrarle lo contrario.

El ruido del ascensor la hizo envararse, con todos los músculos en tensión, sintiendo que una extraña sensación se apoderaba de fila, Segura, finalmente, de que se trataba de Budds, se precipitó hacia el fichero y se apoderó de la pistola, que estaba dotada de un silenciador especial.

Con el arma a la espalda, escondida, vio entrar al agente, que la miró, extrañado por la desacostumbrada expresión de dureza que había en su rostro.

—¿Pasa algo, señorita Olmer?— inquirió él.

Ella le miró a los ojos, fijamente.

—Si. Pasa algo, señor Budds. ¡Acabo de descubrir su juego!

—¿Mi juego?

—¡No se haga el tonto! ¡Usted no es Donaldson Budds! el verdadero agente de la SIP, que debe tener secuestrado en cualquier parte.

—¿Qué clase de estupidez se le ha ocurrido ahora, Helen?

Pero ella, firme en su propósito, dijo:

—Es inútil que intente engañarme por más tiempo. ¡Dígame dónde está el verdadero Budds!

—Pero...

Se había levantado del sillón.

Ella sacó el arma y le apuntó fríamente.

—¡Quédese donde está, falsario! ¡Si se mueve, dispararé!

—¿Sería capaz de disparar contra su jefe?

—¡Usted no es mi jefe! ¿Cree que no entiendo perfectamente su juego? Desde el principio me di cuenta de que usted no era un verdadero agente... ¡No hay más que verlo! ¡Traidor!

—¿Eh?

—¡No se mueva! ¡No se mueva! ¡Voy a llamar a Lee!

—¡¡No haga eso!!

Y dio un paso hacia adelante, seguro de que la muchacha no iba a disparar.

Pero se equivocó.

Porque ella hizo fuego, casi a quemarropa.

Y Budds, llevándose las manos al pecho, se desplomó, de golpe, quedando inmóvil, en el suelo, mientras la sangre manaba abundantemente de su pecho, empapando su ropa.

Helen arrojó la pistola al suelo y tomó, al vuelo, su abrigo. Salió disparada de la oficina, corriendo escaleras abajo como si el mismísimo diablo la persiguiese.

CAPÍTULO VIII



A manifestación se formó, a las primeras horas de la mañana, en los alrededores de Space Square. Hombres y mujeres se fueron reuniendo, justo cuando las tiendas y almacenes se abrían, y muy pronto aparecieron pancartas y letreros, con contenido casi idéntico, reclamando unas nuevas elecciones y proponiendo a Anderson como verdadero alcalde.

El número de los manifestantes fue creciendo, sin que aún se moviesen para nada los ya estacionados allí, a medida que avanzaba la mañana. La importancia de aquella masa de gente era tan grande que, por el momento, la policía se limitó a formar cordones de protección ante los edificios oficiales, sin atreverse a atacar directamente a la manifestación.

Se oían voces y gritos, pero la verdadera actividad empezó al aparecer en un coche el ex alcalde Anderson en persona, acompañado por el ex jefe de policía Lee.

Entonces el gentío irrumpió en gritos y vivas ensordecedores, moviéndose la manifestación, con los dos personajes en cabeza, a lo largo de Cos Avenue, la calle más importante de la ciudad y donde estaban situados los mejores comercios y las sucursales principales de los Bancos de la Tierra.

Al principio, la manifestación se limitó a cantar y gritar, pidiendo a Ward que dimitiese y que dejase su puesto al que verdaderamente debía haberlo ocupado.

Pero poco después, quizás al ver la pasividad de la policía, los manifestantes pasaron al campo de la violencia. Rompieron las primeras lunas y asaltaron los primeros almacenes y Bancos.

Era una verdadera revuelta.

La policía se vio obligada a entrar en acción, pero pasaron dos largas horas antes de que todo se calmase lo suficiente. La calle quedó llena de los más extraños objetos que los revoltosos habían abandonado en su huida.

El pillaje había sido catastrófico.

Poco después, más de un centenar de coches se detenían ante las oficinas

del Jefe de la Policía, que se vio obligado a trasladarse al salón de actos del edificio para poder recibir a aquella imponente masa de gente.

Y no se trataba ahora de manifestantes. Todos aquellos nombres eran los dueños de los almacenes, los directores de Banco, los propietarios de joyerías, relojerías y casas especiales, de bares, cafeterías y restaurantes.

Timothy Cari, el nuevo jefe de la policía de la ciudad, se vio obligado a elegir cinco de entre ellos para que le expusiesen sus quejas, ya que todos hablaban y protestaban al mismo tiempo.

Se quejaban de haber sido robados y golpeados, cosa que podía creerse, ya que muchos de ellos podían exhibir las huellas que las violencias habían dejado en sus rostros.

Se tuvo que proceder a un interrogatorio detallado y minucioso que duró hasta últimas horas de la mañana. Y así, después de tomar datos y notas, se supo, al acabar aquella fatigosa reunión, que los manifestantes, aprovechando las circunstancias, se habían llevado, entre joyas y dinero, por valor de más de cuatro millones de créditos.

Cari prometió que pondría a todos sus agentes en la brecha y aseguró que no se tomaría un instante de descanso hasta haber detenido a los culpables y encontrado el botín.

Para satisfacer la opinión pública, aquella misma tarde se procedió a la detención de Albert M. Anderson y Edward Lee, acusándolos de ser los responsables directos. La prensa publicó, en las primeras horas de la noche, unas manifestaciones del alcalde Ward en las que se prometía un castigo ejemplar para los culpables, a los que se acusaba de oponerse al resultado de un comido que se había llevado a cabo con todas las garantías posibles.

Además, Harlow Ward prometía, en el caso de que algo de lo robado no apareciese, compensar las pérdidas aceptando los ofrecimientos del ex alcalde Anderson, al que consideraba como el más directo responsable de lo que había ocurrido.

* * *

Helen, que salió disparada del despacho de la SIP, se precipitó en un taxi y dio al conductor la dirección del domicilio de Lee. No lo encontró, y supo después que estaba en la manifestación y conociendo luego la noticia de su detención.

La muchacha, cuyo cerebro hervía a toda presión posible, fue de un lado para otro, sin saber qué hacer, confusa como nunca.

¿Y si se había equivocado?

La sola idea de que el Budds al que había matado fuese el verdadero le ponía la carne de gallina.

Finalmente, después de haber comido en un restaurante de las afueras, sin

dejar de pensar en lo que había hecho, se dijo que no tenía más remedio que volver y que, si no podía hacer otra cosa, ya que Lee estaba detenido, comunicaría a la SIP lo que había hecho, enviando un telegrama a Washington, en la Tierra.

Intentó serenarse. Lo logró sólo parcialmente. Pero, de todos modos, cogió un nuevo taxi y se dirigió a la oficina de la SIP, ante cuya puerta se detuvo, temblando. Tardó más de dos minutos en decidirse a abrir la puerta y penetrar en el interior.

Sorprendida, se detuvo en el umbral.

Porque el cadáver de Budds había desaparecido y sólo quedaba en el suelo de madera una mancha oscura de la sangre qué el falso agente había perdido.

—¡No lo he matado!—exclamó ella, sin poder contenerse—. ¡He debido de herirle solamente!

Y fue entonces cuando la voz sonó tras ella:

—No, señorita: lo ha matado usted.

—¡Oh!

Se volvió, sintiendo que sus piernas no la sostenían. Y así hubiera ocurrido en efecto, a no ser que el hombre que estaba detrás de ella no se precipitase, sosteniéndola cuando iba a desplomarse.

—Serénese, señorita... — dijo el hombre—. Le ha matado, pero ha hecho bien..., siéntese aquí. Voy a darle algo de beber para que se calme.

La dejó en el sillón del despacho y fue al minúsculo bar, del que sacó una botella de “whisky”.

Sirvió dos vasos y obligó a la muchacha a que consumiese el contenido de uno. Un agradable calor se expandió por el cuerpo de Helen, llevando de nuevo el color a sus mejillas, que habían quedado blancas como el mármol.

También bebió él.

Helen le miró con atención, maravillada por la potencia que parecía emanar de aquel ser. Era alto, serio, con un tono cobrizo y unos ojos intensamente negros,

—¿Quién es usted? — preguntó ella, después de un silencio.

—Va a extrañarse, señorita. ¡Soy el verdadero Don Budds!

—¿Eh? ¿Habla usted en serio?

—Completamente. Me tendieron una celada al llegar con la astronave y caí estúpidamente en ella. Anoche, después de pelear con los que me vigilaban, pude escaparme, aunque tuve que matar a un par de ellos... Venía aquí para ajustar las cuentas al granuja que me habia suplantado cuando me encontré con su cadáver...

—¿Dónde lo ha puesto?

—No se preocupe por eso, señorita. Lo saqué de aquí y lo llevé a un lugar donde tardarán en encontrarlo,

—¡Dios mío! Y yo que no estaba segura de haber obrado bien.

—Lo ha hecho estupendamente, señorita. Ha sido muy valiente y ha demostrado al mismo tiempo poseer una intuición poco común.

—¡Oh, muchas gracias!

Hubo un silencio.

Luego, la muchacha preguntó:

—¿Y qué vamos a hacer ahora, señor Budds?

—Es lo que estaba pensando cuando usted llegó. No podemos quedarnos aquí, ya que cuando la banda se dé cuenta de que su cómplice, el falso Budds, no da noticias, podría organizar un golpe con la oficina, Además, sabrán que yo he logrado escapar y eso les enfurecerá.

—¿Dónde vamos a ir entonces?

—Usted, señorita, a su casa...

—¿Eh?

—No se preocupe. Iré a verla y la tendré al corriente del trabajo que tengo que llevar a cabo. No tardaré mucho en echar el guante a esos granujas.

—¡Déjeme ir con usted!

—No puede ser. Y crea que lo lamento..., ya que ha demostrado ser una chica valiente y decidida, Pero la SIP no me perdonaría nunca que emplease en algo que va a ser tremendamente peligroso. Ya le he dicho que iré a verla cada día y le contaré lo que pasa. ¿No le agrada?

—¡Muchísimo! ¡Usted, sí que es un verdadero agente de la SIP!

—Muchas gracias.

Salieron poco después y cerraron cuidadosamente la puerta de la oficina.

Una vez fuera, él la llevó hasta su auto y la trasladó después a través de la ciudad hasta el lugar donde vivía la muchacha.

—¿De veras que vendrá a verme?

—Sin falta. Mañana por la mañana estaré aquí. Prepáreme un buen café y desayunaremos juntos.

—¡Magnífico!

—Y, sobre todo, sea buena y obediente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no salga, por ningún motivo, de su casa. ¿Vive sola?

—Vivo con unas amigas y todas ellas trabajan.

—Bien. Haga que ellas no la obliguen a salir.

Y no les cuente nada. Lo que la SIP hace debe mantenerse completamente en secreto.

—¡Seré como una tumba!

—Así me gusta. ¡Hasta mañana, señorita Olmer!

—Puede llamarme Helen. Y yo también querría poder llamarle Don.

—Encantado, Helen.

—Hasta mañana, Don.

* * *

—¿Estás seguro de lo que dices, Wilson?

—Sí. La muchacha mató al agente.

—¿Y no has oído que la SIP tiene un Servicio de Ejecuciones para liquidar al que se atreve a atentar contra la vida de uno de sus agentes?

—Lo sé mucho mejor que vosotros. Pero ¿qué puede importarnos? No hemos matado a ese Budds, ha sido la muchacha. ¡Que la lleven a la cámara electrónica si quieren!

Webb sonrió.

—¡Eres un hombre estupendo, Peter!

—Soy un hombre que sabe lo que se hace: sólo eso.

Hubo una pausa.

Luego Eric preguntó:

—¿Piensas esperar mucho para organizar otra manifestación?,

—No. Después de la detención de Anderson y Lee, es el momento más apropiado. Mañana habrá otro tumulto en las calles, pero mucho más intenso y violento que el de hoy. Y como los comerciantes, prevenidos por lo de esta mañana, cerrarán los establecimientos, tendremos que obligar a los manifestantes a romper las puertas para que nuestros hombres puedan apoderarse del dinero.

—¿Habrá sangre entonces?

—Sí, pero eso poco nos importa.

—¿No llamaremos la atención del Consejo Mundial, que puede enviar a alguien a investigar?

—Ya he pensado en eso. Por el momento, será nuestro último golpe. Pero quiero lograr diez millones de créditos mañana.

—No está mal,

—Con lo conseguido hoy y lo que nos traerán mañana, podremos esperar una buena temporada... Tengo proyectos para un próximo futuro en el que operaremos de otra manera menos escandalosa. En cuanto a lo que ocurra

mañana, haremos que Cari detenga a todos los que eran amigos de Anderson y los meta en la cárcel. Calmaremos la opinión pública haciendo uno de los más famosos procesos de la Historia. Ya veis que no sólo hemos conseguido nuestros propósitos, sino que lograremos que la gente nos admire y bendiga la fecha en que Ward subió al poder.

—¡Es estupendo!

—Afincados de esta manera, dueños absolutos de todo en Star-Ville, podremos hacer ver al mundo entero que esta ciudad, gracias a Ward y a su eficaz jefe de policía, ha sabido limpiar definitivamente las calles de los verdaderos granujas, de los ambiciosos sin límites: Anderson y sus amigos.

—¿Y el juego y las drogas?

—De momento, nada. Porque, si nos dejamos llevar por la ambición, no tardarían en darse cuenta de que les hemos engañado. Con el dinero que hemos conseguido, en sólo dos días, podremos organizar otros negocios. Ya veremos. Pero, sobre todo, necesito que si el Consejo Mundial manda a alguien, éste se vaya convencido de que la ciudad es una verdadera balsa de aceite. Moveré a las masas que harán de Ward un héroe popular, obligando al que venga a llevarse un informe único de lo que aquí pasa. Nunca se habrá conocido una población más entusiásticamente unida a su alcalde y a sus autoridades que Star-Ville.

—¡Yo no me pierdo mañana la manifestación!—exclamó Sherman.

—Ni yo tampoco — dijo Eric.

—Está bien — repuso Wilson, complacido por la admiración que despertaba en sus compinches—. Podéis verla, pero desde lejos.

—Lo veremos desde la azotea de mi almacén.

—De acuerdo.

CAPÍTULO IX



ONRIENDO, Eric y Sherman, cómodamente instalados en la terraza de este último, contemplaban con poderosos gemelos cómo los primeros grupos de gente se iban deteniendo en Space Square, iniciando lo que iba a convertirse poco después en una masiva y fantásticamente tumultuosa manifestación.

—No comprendo cómo puede dominar de esta manera a la gente —dijo Webb.

—Es un diablo — repuso Archer—. En otras fechas se le hubiera tachado de brujo, de mago…

—¿Recuerdas que habló de la universidad de Boston?

—Sí. Debió de ser un hombre de ciencia excepcional, pero no de esos idiotas que se pasan la vida en los laboratorios, sin pensar más que en la celebridad y en que les hagan una estatua cuando mueran. Wilson es un hombre práctico que sabe sacar fruto personal de los inventos que ha realizado.

—Tienes razón.

—Además, ¿no te fijaste, desde el principio, con qué desprecio miró las cifras que le proponíamos a ganar con las drogas y el juego?

—Si.

—Eso demuestra que sus proyectos son mucho más ambiciosos.

—¿Qué quieres decir?

—Que está ideando algo colosal. ¿Es que no lo entiendes?

—La verdad, no.

—Fíjate bien en lo que dijo anoche. Quiere convertir a esta ciudad en un ejemplo de paz y prosperidad que dejará boquiabierto al mundo entero.

—¿Y qué?

—Pues muy sencillo. Cuando todo el mundo se entere de que Star-Ville es una ciudad modelo, querrán que Ward se ocupe de algo más importante. Algo así han hecho con el ex alcalde Donner, que forma parte del Consejo Mundial.

—¿Quieres decir que se llevarán a Ward a la Tierra?

—Seguro. Y entonces los planes de Wilson comenzarán a cobrar forma.

—Sigo sin entenderte demasiado.

—Escucha: si Ward va al Consejo, nosotros también nos iremos para allá. ¿Supones lo que puede ocurrir si Wilson utiliza sus fantásticos procedimientos en el Consejo, haciendo de aquellos tipos lo que quiera? ¡Se convertiría, prácticamente, en el dueño del Mundo!

—¡Es cierto!

—Por eso desprecia todo lo que nosotros podríamos ofrecerle. Y puedes estar más que contento de que nos haya elegido como amigos suyos... ¡Hemos tenido una gran suerte!

—Es verdad. Nosotros le hemos proporcionado lo que necesitaba: hombres para que manejasen esas misteriosas linternas, hombres para que, aprovechándose del tumulto de las manifestaciones, se apoderasen del dinero y las joyas de los comercios y bancos...

—Tienes razón, Eric. Podemos consideramos dichosos de estar a su lado, de ser sus amigos.

—Desde luego. Ya no tendremos que echarnos a temblar como ocurría cuando ese cerdo de Lee lanzaba sus huestes para confiscarnos, a ti el dinero de la "bolita" y a mí la droga y el dinero que sacaba de ella. ¡Ahora estamos muy alto! Trabajaremos como caballeros y tendremos tanto dinero que no sabremos qué hacer con él.

—Nunca sobra... —rio Webb.

Su atención se concentró entonces en los densos grupos que ya ocupaban casi totalmente la plaza.

—¡Fíjate la gente que hay!

—Pronto empezará el jaleo.

—Y el dinero llegará luego tranquilamente a nuestras manos. Sin ningún esfuerzo,

En efecto, los grupos eran cada vez más densos y los primeros gritos empezaron a oírse, aunque aún con poca intensidad.

Ocupando las calles adyacentes, los coches de la policía se mantenían inmóviles y sus ocupantes silenciosos, esperando que la orden llegase para impedir lo ocurrido el día anterior.

Pero la orden tenía que emanar de Timothy Cari y éste sabía muy bien lo que se hacía.

Hacia las once, la masa humana empezó a moverse y un rugido que fue aumentando llegó hasta la azotea.

—¡Mira! ¡Ya empiezan!

—Lo veo, amigo.

La gente se movió, como un cuerpo disgregado y oscuro; pero, en vez de

tomar, como todos esperaban, el camino de Cosmos Avenue, se concentró enteramente alrededor del edificio de los Almacenes de Licores y del “Kimber”.

—¿Qué demonios hacen?

—¡Calla! Quiero escuchar lo que gritan.

Prestaron atención y oyeron los gritos que lanzaba el gentío.

—¡Muera Archer!

—¡Abajo Sherman!

—¡Ellos son los verdaderos culpables!

—¡Acabemos con esos dos granujas y todos sus cómplices!

Los dos hombres se estremecieron.

—¿Oyes bien? — preguntó Webb Sherman, pálido como la cera.

—¡Sí! ¡Tenemos que huir!

—¡Vamos!

No se detuvieron a investigar lo que realmente pasaba. Tornaron el ascensor y descendieron a la planta baja cuando la multitud empezaba a romper las puertas, habiendo penetrado ya en el interior del cabaret de Sherman.

Sintiéndose acorralados, los dos hombres corrieron desesperadamente hacia la parte de atrás. Allí comprobaron que la multitud había penetrado también en la calle posterior.

—¡Estamos acorralados!—gimió Webb.

—¡Ven a tu despacho! —exclamó el otro—. Llamaremos a Wilson; sólo él puede contener a estas fieras...

Se encerraron en la habitación y Archer descolgó el aparato. Marcó precipitadamente el número del despacho del Kimber, donde Wilson se había quedado.

Y cuando descolgaron al otro lado preguntó:

—¿Peter?

—Sí,

—¿Qué ocurre? ¡La gente está asaltando el almacén!

—No lo sé — la voz de Wilson era mucho menos segura que de costumbre —. ¡No lo entiendo!

—Pero...

—¡Huid donde podáis! Yo no puedo hacer nada y voy a escapar de aquí como pueda. Nos veremos en la finca de Ward, en los alrededores de la ciudad,

—¡Escucha, Wilson!

Pero Peter había colgado.

El estrépito que la gente hacía en el interior del almacén era espantoso.

Se habían lanzado sobre las estanterías y ahora las derribaban, haciendo caer cientos de botellas que se rompían en medio de un griterío indescriptible.

Archer entreabrió la puerta del despacho y la volvió a cerrar más que aprisa.

Y mirando a Sherman, pálido como la muerte, exclamó:

—¡Vienen hacia acá, Webb! ¡Estamos perdidos!

En efecto, poco después alguien empezó a golpear con fuerza inusitada la puerta del despacho, que, con la ayuda de una verdadera masa de puños, no tardó en desprenderse de sus goznes, siendo brutalmente derribada.

Y el gentío se precipitó, como un torrente de furia, en el interior del despacho, apoderándose de los dos hombres que, en un rincón, aterrorizados, no hicieron nada por defenderse.

* * *

Helen miró melancólicamente la flamante mesa que había preparado esperando vanamente al agente de la SIP.

El reloj marcaba las once y media de la mañana, una hora, desde luego, nada conveniente para desayunar.

¿Por qué no había ido Don?

Se sentía desesperada y desilusionada, pensando en lo bueno que habría sido el haber pasado un rato en su compañía, escuchándole, bebiendo sus palabras, lo que él la contase.

¡Tal y como lo había soñado!

Y, sobre todo, con la ansiedad y preocupación que sentía de no haberse acordado de contarle la visita del hombrecillo que le había dado las fotos del autor del atentado contra el periodista y la desdichada hija de Anderson.

Ahora tenía el sobre de las fotos sobre el níveo mantel, de forma a no olvidarse de darlas a su nuevo jefe en cuanto éste hubiera llegado a desayunar.

Pero estaba visto que no iría.

La desesperación la fue ganando hasta, que sin poder más, se dejó caer sobre uno de los sillones, sollozando libremente, sintiéndose la más desgraciada de las muchachas.

¡Y con lo que le había costado guardar el secreto cuando, la noche anterior, cenando con sus amigas, el ansia de contarlo le quemaba los labios!

¡No podía más!

Y fue en aquel preciso momento cuando el teléfono sonó, en el justo instante en que empezaba a estar segura de que Budds había sufrido un ataque que le había impedido venir.

Descolgó el aparato, sintiéndose desfallecer. Preguntó:

—¿Diga?

—¿Es Helen?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy Kate, Helen... ¿Sabes lo que está pasando?

—No.

—Lo he visto todo desde la ventana de mi despacho, ¡Ha sido horrible!

Helen se estremeció.

—¿No puedes decírmelo de una vez, sin tantos rodeos? — pidió angustiada.

—Imagínate que han asaltado el Almacén de Licores de Space Square y el “Kimber”.

—¿Quién?

—La multitud. Formaron una manifestación como la de ayer, pero esta vez cambiaron de rumbo. ¡Han sacado al dueño de los Almacenes y a Archer, el de las Antigüedades..., y... ¡es espantoso!

—¡Sigue, por lo que más quieras!

—Los han linchado en la plaza y han arrastrado sus cuerpos por las calles.

—¿Y la policía?

—Nada, ni se ha movido... ¡es una vergüenza! ¡No sé adónde vamos a parar!

—¡Gracias, Kate! ¡Hasta luego!

—Pero...

Helen cortó, segura ahora de que el valiente agente de la SIP debía haber estado luchando para impedir la acción de las turbas y que debía haber caído allí, a la puerta del “Kimber”, quedando abandonado, sin conocimiento..., quizá muerto.

¡No!

Tardó una centésima de segundo en ponerse el impermeable, abandonó la casa y corrió como una loca hacia la más cercana parada de taxis.

No había ninguno allí.

Incapaz de esperar la llegada de un vehículo, Helen siguió corriendo, atravesando calles y plazas, dirigiéndose por el camino más corto al lugar de los sucesos.

No se veía vehículo alguno por las calles que iba atravesando. Estaban completamente desiertas.

Por eso, cuando el vehículo se detuvo ante ella, la joven tuvo un estremecimiento.

Pero se calmó al ver el rostro conocido que asomaba por la ventanilla.

¡Era el simpático hombrecillo que le había dado el sobre con las fotografías!

—¡Eh, señorita!—llamó él.

Corrió hacia el coche, entró en la parte delantera y se sentó junto al hombre.

—¡Qué alegría de haberle encontrado, señor Tilson!

—Yo también me alegro de encontrarla. ¿Adónde iba usted?

—A Space Square. Creo que debe de haberle ocurrido algo al verdadero Don Budds.

—¿Se refiere usted al agente de la SIP?

—Sí. El que usted fue a buscar no era el verdadero..., yo le maté...

—¿Al falso?

—Sí. Y Don, al que encontré allí, ya que se había escapado de sus aprehensores, me felicitó.

—Fue usted muy valiente, señorita. Precisamente ayer por la noche el señor Budds estuvo en mi taller fotográfico. Vino a ver lo de las fotos.

Helen miró al hombrecillo con desconfianza.

—Pero ¡si yo no se las he enseñado aún! ¡Se me olvidó!

—Ya lo sé. Pero el agente de la SIP estaba recorriendo todos los fotógrafos de la ciudad en busca de lo que sospechaba había ocurrido. ¡Son muy listos, señorita!

Ella sonrió, convencida con la explicación recibida.

Asintió:

—Sí, son maravillosos.

—El me dijo que fuese hoy en su busca a una casita de los alrededores.

—¿Para qué? ¿No está en Space Square?

—No. Ha ido a detener al jefe de la banda.

—¡Qué emocionante!

—¿Desea venir conmigo?

—¿Cree usted que Don no se enfadará? Me dijo que, sobre todo, no saliese de casa.

—No se preocupe. El peligro ha pasado. Y ahora, con la captura del jefe, todo se arreglará. ¡Seguro que se alegra de verla a usted!

—¡Vamos entonces!

La circulación era más intensa por los bulevares exteriores, pero fue disminuyendo a medida que llegaban a la zona donde estaba enclavada, aislada por un parque extenso, la casita ante la que, finalmente, se detuvo el coche.

—Ya hemos llegado — anunció él.

—¿Es aquí?

—Si.

—¿Y cree que debemos entrar?

—¡Desde luego! El jefe estará a estas horas atado de pies y manos, a los pies de ese hombre de la SIP.

CAPÍTULO X



A luz diurna había desaparecido y había caído la noche.

El hombre, alto, fuerte, con las solapas del abrigo levantadas, salió de lo hondo del bosquecillo y avanzó quedamente hacia la casa.

El silencio era completo. Desdeñando la fachada, en la que una sola luz, en la planta baja, demostraba que sus ocupantes estaban reunidos en el living, el hombre cambió de rumbo. Rodeó el edificio y se detuvo ante el cable del

pararrayos, que consideró con atención.

Luego, decidiéndose, sacó de los bolsillos de su gabán sus enguantadas manos, asiéndose al hilo de acero, por el que trepó con una agilidad simiesca.

No hizo el menor ruido.

Cuando llegó al tejado, procuró caminar sobre la intersección de las láminas de pizarra, que se hubieran hundido fatalmente de haber puesto sobre ellas el peso de su cuerpo.

No tardó mucho en encontrar la claraboya, que abrió, lentísimamente, pendiente siempre de no hacer ruido alguno.

Después penetró, dejándose caer, hasta que sus pies encontraron la escalera que servía para abrir aquella claraboya. Descendió por los peldaños de hierro. Se decidió entonces a encender la linterna que sacó de uno de los bolsillos.

El haz luminoso le demostró que se hallaba en el desván de la casa. Pero su interés se concentró en la pequeña puerta que había a un lado de la estancia y que abrió muy despacio. Encontró al otro lado una nueva escalera, ésta de madera, que le obligó a hacer verdaderos milagros de equilibrio para conseguir descender hasta la segunda planta sin que los escalones gimiesen.

Se encontraba ahora en el rellano que, prolongándose a ambos lados, continuaba en un pasillo que debía de dar a los dormitorios de la casa. Todo estaba oscuro, pero la claridad procedente del salón ponía un triángulo de luz en la parte baja de la escalera.

También llegó hasta él el rumor de una animada conversación.

Después de esperar unos instantes, inició el descenso, poniendo los pies junto a la barandilla para impedir cualquier clase de crujido. A medida que iba bajando hacia el salón, las voces se hicieron más claras hasta convertirse en perfectamente inteligibles.

—No debe preocuparse — decía una voz de hombre —. Es posible que nuestro amigo no haya podido alcanzar al jefe aquí o lo haya capturado en este sitio.

—Pero entonces...

—Vendrá a vernos. Puede estar segura.

—Lo que temo es que vaya a mi casa y no me encuentre, después de haberle prometido que no saldría a la calle.

—No se lo tomará a mal. Si, por un caso, el asunto no se hubiera solucionado, cosa que no ha podido ocurrir, entonces sí que le molestaría, pero ya verá como una vez terminado su trabajo vendrá aquí. ¡Me lo ha prometido!

—Entonces estoy tranquila. Porque Don hace siempre lo que promete.

—Desde luego. ¿Y cómo se dio cuenta de que el otro hombre era un impostor?

—Desde el principio me percaté de que un tipo como aquél no podía ser un agente de la SIP.

—¿Tan extrañamente obraba?

—Pero ¡si no hacía nada! Se pasaba el día leyendo informes, mientras los criminales corrían tranquilamente por la calle.

—¡Qué tranquilo!

—Y no era desagradable, en el fondo. Tengo que confesarle, señor Tilson, que llegué a sentirme atraída hacia él. Pero cuando mi intuición femenina me demostró que era un canalla, no dudé en matarlo...

—Fue usted una muchacha valiente.

—Eso fue lo que me dijo el verdadero señor Budds. Se dio cuenta de que yo quería ser una verdadera secretaria de la SIP.

—Desde luego. ¿Y no se arrepiente de haber matado a un hombre?

—¿A ése? No. ¡Lo mataría de nuevo si no lo hubiera hecho ya!

La silueta surgió de la oscuridad, ante ellos.

Y una voz que hizo que ella se estremeciese hasta lo más hondo, dijo:

—Helen, es usted la chica más maravillosa que jamás he conocido.

Ella le miró, haciendo un poderoso esfuerzo para no desmayarse.

—¡El falso Budds!

Pero el Joven no la hacía ningún caso y el negro cañón de su pistola apuntaba al pecho del hombrecillo.

—No intentes nada, Wilson..., o dispararé a boca de jarro.

—¿Wilson? — inquirió ella sin comprender qué ocurría.

Pero el muchacho, sin separar los ojos del hombrecillo ordenó:

—¡Levanta las manos! Así... Ahora ponte de pie y vuélvete de espaldas...

—Pon las manos atrás.

Algo brilló en el aire y se dejó oír un chasquido.

Las muñecas del hombre se habían visto rodeadas de unas esposas.

El joven le empujó, obligándole a sentarse de nuevo en el sillón. Lo cacheó después. Le quitó una cajita que llevaba en uno de los bolsillos y que se guardó cuidadosamente.

Luego hizo lo mismo con la pistola.

Y volviéndose hacia la muchacha, que le contemplaba con los ojos abiertos como platos exclamó:

—¡Hola, encanto! No ponga esa cara, por favor..., no soy un fantasma.

Ella no dijo nada.

El nudo que le atenazaba la garganta se lo impedía.

—¡Dichosa mujercita! — dijo él—. Desde luego, creo que después de esto no se atreverá a leer ni una novela policíaca más.

—¿Qué... quiere usted... decir? — balbució finalmente ella.

—Lo que he dicho.

—Pero... ¿quién es usted?

Él sacó una tarjeta de las utilizadas en los telegramas oficiales y se la tendió a la joven.

—¡Donaldson Budds! ¡Y firmado por Callowan y con el sello de la SIP! ¡Dios mío!

—Sí, amiguita mía. Soy el verdadero Budds.

—Pero... ¡si yo le maté!

—Podía haberlo hecho..., de no haber tomado mis precauciones.

—No lo entiendo.

—Ya lo comprenderá. Vamos ahora... Hay muchas cosas que hacer antes de que este asunto esté completamente cerrado.

Abandonaron la casa, llevándose a Wilson, esposado y silencioso, meditando tristemente que todo su famoso plan se había venido abajo.

Aunque aún no comprendía cómo...

* * *

Se reunieron en la oficina de la SIP, a la que poco después llegaba el indio.

Al verlo, Helen no pudo por menos de exclamar:

—¡El otro agente Budds!

Dad sonrió.

Se sirvió una taza de café, como habían hecho los demás— incluso el verdadero Donaldson había dado una al prisionero.

Y tras una pausa, éste dijo:

—Ha llegado la hora de explicar las cosas, Helen. Cuando yo llegué a la ciudad y empezaron a producirse cosas extrañas, la primera fue el inesperado triunfo de la votación de Ward, comprendí que me hallaba ante un problema superior a mis fuerzas.

—¿Qué hizo entonces?

—Comunicar lo que ocurría al “viejo”, así llamamos familiarmente a nuestro director, Donald Callowan. Él tiene experiencia y medios para

arreglar los problemas más difíciles. Pero sigue tú, Dad...

El indio no se hizo rogar.

—Callowan me mandó llamar, explicándome lo que había ocurrido aquí. Yo estuve en seguida de acuerdo con él para llegar a la conclusión de que alguien utilizaba poderes psicológicos especiales, de modo a dominar la voluntad de los habitantes de la ciudad. Pero había algo que ni siquiera yo, con poderes telepáticos, podía conseguir en la ciudad. ¿Cómo encontrar al culpable? Teníamos que provocar un acto de presencia para poder descubrirle.

Intervino Budds:

—AI llegar aquí Dad me llamó por teléfono y nos reunimos, forjando un plan para poder cazar al responsable de lo que estaba pasando en la ciudad.

”Yo ya había lanzado mi sonda hacia la organización enemiga, haciéndoles saber, por medio del hombre que llevó la caja fatídica a la oficina del periódico, que la SIP había entrado en el juego. Seguro de que no tardarían en reaccionar y sabiendo que nada podían hacer sobre mí...

—¿Por qué? — interrumpió la joven.

—Porque todos los agentes de la SIP hemos recibido un tratamiento especial para evitar ser víctimas de acción telepática o hipnótica de cualquier clase.

—Comprendo.

—Repito: Como yo estaba seguro de que no podían obrar sobre mi voluntad, tuve que llegar a la conclusión de que obrarían sobre usted.

—¿Sobre mí?

—Sí. Y así lo hicieron.

—Pero ¿cómo?

—Con el mismo procedimiento que utilizaron para imponer su voluntad a las gentes de la ciudad.

—¡Si se explicase usted mejor!

Budds miró a Wilson. Luego dijo:

—Este hombre había sido un excelente profesor en una universidad de los Estados Unidos. Pero alguien descubrió que no se ocupaba de los trabajos que le habían encomendado y que estaba realizando otros, misteriosos, por su cuenta. Hubo una investigación, pero cuando se creía poder encontrar lo que estaba haciendo, Wilson y sus planos desaparecieron. Se informó a la SIP, pero no conseguimos encontrarle, Además, en aquel momento, Wilson no era más que un profesor que había huido y que no significaba ningún peligro concreto.

—Entiendo.

—Pero lo era. Porque Wilson había descubierto un emisor de ondas

capaces de anular, por un determinado tiempo, la voluntad de los humanos. Las ondas eran emitidas por una especie de linternas, que producían esa clase de radiación.

”Una vez suprimida la voluntad, Wilson, con un aparato central, imponía nuevas ideas en las mentes sobre las que las “linternas” habían obrado. Y así pudo orientar las elecciones y provocar todas las manifestaciones públicas que cambiaron tanto la vida de esta tranquila ciudad.

—¡Es horrible!

—Pero vayamos a lo de antes. Teníamos que encontrar al responsable de todo esto y así dejamos que él, confiado en dominar su voluntad, viniese a visitarla, influyendo, sin que usted se diese cuenta, para meterle en la cabeza la idea de matarme.

—¡Dios mío!

—Yo había descargado la pistola, colocando en vez de balas cápsulas de fogueo. Además, llevaba bajo la camisa una ampolla de plástico que, desgarrada en el momento oportuno, daría la sensación de una muerte violenta. Yo debía cuidar que usted estuviese segura de haberme matado, ya que Wilson investigaría en su mente lo que realmente habla hecho.

—¿Y cómo supieron que Wilson era culpable?

—Muy sencillo. Cuando yo regresé a la oficina, Tavore se había quedado en un bar próximo y gracias a sus poderes telepáticos pudo descubrir, desde el bar, que alguien estaba produciendo ondas mentales especiales. Luego no tuvo más que ver salir a Wilson de la oficina para seguirle mentalmente, descubriendo así que era él el único responsable de todo, Dad me sustituyó, haciéndole creer a usted que él era el verdadero Budds. Ya habían pasado los efectos mentales que Wilson había provocado en su mente y usted debía justificar su acción, de manera a no volverla loca.

—¡Terrible!

—Luego, llegado el momento, Tavore emitió a su vez órdenes colectivas mentales, modificando las de Wilson y volviendo a la gente contra él y sus cómplices. Yo estaba escondido y pude así seguir a Wilson, subiendo al techo de su coche. Cuando vi a lo lejos su silueta y comprendí lo que este granuja iba a hacer, al encontrarla casualmente, me lancé al suelo y volví a subir al mismo sitio cuando el vehículo prosiguió su viaje, Tuve suerte por dos cosas; primero, que ninguno de ustedes dos me vieron, y segundo, que, dado el revuelo que remaba en las calles, no llamó la atención mi presencia sobre el coche. Lo demás ya lo sabe usted, Helen...

* * *

Donald Callowan llegó a la mañana siguiente. El escándalo público que se había provocado necesitaba de la mano maestra de Callowan para dejar las

cosas en su sitio.

Con la ayuda de Joseph L. Donner, que también había llegado a la ciudad, y acompañado por sus hombres, a los que luego se reunieron el alcalde Anderson y el ex jefe de policía, se organizaron una serie de reuniones monstruo y se explicó a la población, en largas y detalladas conferencias, lo que había ocurrido en realidad, manifestando que nadie tenía la culpa de la falsificación de la votación y que los únicos responsables lo habían pagado con sus vidas o, como Wilson, estaban ya a buen recaudo.

Nunca se habían oído en la ciudad ovaciones más cerradas y la alegría general llegó hasta tal punto, que las nuevas autoridades se vieron obligadas a decretar festivos aquel día y el siguiente. La gente corría por la calle, con pancartas donde, además de los vivas a Donner y Anderson, había muchas con palabras de entusiasmo para la SIP.

Al atardecer de aquel primer día y cuando Callowan, reunido con las autoridades, comía en la residencia de Anderson, el que explicaba que también él había sufrido la influencia de las ondas de Wilson, provocando manifestaciones que hacían juego al contrario, los dos agentes de la SIP se hallaban en la oficina.

Y Tavore, rompiendo el silencio que se había hecho entre ellos, con una simpática sonrisa en el rostro comunicó:

—Debes decírselo al “viejo”, Budds,

El otro le miró extrañado,

—¿Decirle? — inquirió — ¿El qué?

—Que estás enamorado de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Has olvidado mis poderes?

—¿Eh? ¿Quieres decir que me estás leyendo el pensamiento?

—Así es.

—Pero... ¡siempre me dijeron que ningún poder telepático podía influir en la mente de un agente de la SIP!

—Y es cierto.

—¿Entonces?

—Yo no puedo influir en tu mente, muchacho. Lo que hago, simplemente, es leer lo que estás pensando.

—Lo comprendo. Pero ¿cómo decírselo al “viejo”? No me atrevo.

—¿Por qué? Otros muchos lo han hecho.

—Es cierto. Pero yo llevo un historial brillante, me habían nombrado para la delegación aquí... ¡No puedo, Dad!

—Has hablado con la muchacha, ¿verdad?

—Puesto que puedes leer en mis pensamientos, ¿por qué me lo preguntas?

—Es verdad. Sé que has hablado con ella y que Helen te quiere, pero que está dispuesta a esperar lo que sea.

—Así es.

Hubo un silencio.

Luego de repente Budds, mirando a su amigo, dijo:

—¡Oye, Dad!...

Pero éste contestó:

—Es imposible, amigo. ¡No puedo hacerlo!

Budds insistió:

—Puesto que ya sabes de lo que se trata, ¿por qué no me echas una mano?

—No puedo. Nunca he enviado mensaje telepático alguno al "viejo"... ¡Se pondría furioso!

—No lo creo. Puedes decirle que tengo miedo, que no me atrevo a decírselo. Yo quiero mucho a la SIP, pero, con franqueza, debo casarme con Helen.

—Lo comprendo.

—¿Entonces?

Dad dudó unos Instantes; luego dijo sonriendo:

—Voy a intentarlo, pero tú serás el responsable de lo que me ocurra...

—¡Gracias! |Muchas gracias!

Tavore entornó los ojos, que adquirieron un brillo metálico. Budds le miraba atentamente, asombrado.

Y de repente el teléfono sonó.

—Descuelga — dijo el indio.

Don se precipitó al aparato.

—¿Diga?

La voz de Callowan estalló al otro lado:

—¡Concedido, Budds! Puedes casarte con esa muchacha. Pero dile a Tavore que la próxima vez que me dé un susto como el que ahora me ha dado, le cortaré las orejas. Estaba tranquilamente comiendo cuando he sentido que una voz interior me hablaba. Que no lo repita. Y en cuanto a ti, muchacho, sinceramente, te deseo mucha felicidad.

Y colgó.

Don miró a Dad. Luego anunció:

—Callowan me ha dicho...

El otro sonrió.

—No me digas nada...

—¿Cómo? ¿Has leído en mi mente?

—No.

—¿Entonces?

—He leído en la mente del “viejo”. Ya te decía yo que no iba a sentarle muy bien; pero, en fin, lo importante es haber conseguido el permiso...

—¡Voy corriendo a decírselo a Helen!

—No hace falta.

—¿Por qué?

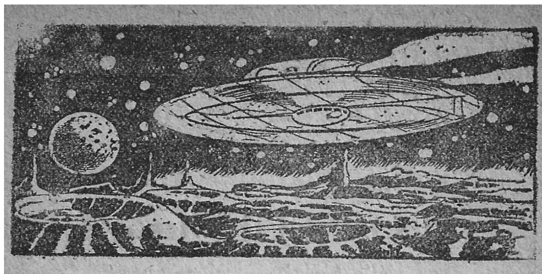
—Porque ya está aquí ella. Me he permitido llamarla yo...

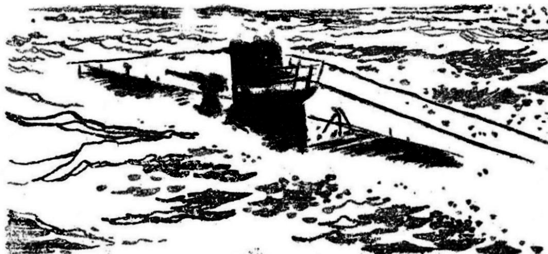
Y, en efecto, la puerta se abrió y Helen penetró sonriente.

Tavore se levantó.

—Voy a darme una vuelta — dijo —. No hace falta ser adivino ni telépata para saber que me estáis rogando que os deje solos.







Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
45.— Policía podrida.— *Alan Star*
46.— El planeta negro— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
58.— *Tráfico inhumano.*— *Alan Star*
59.— **Space Boys*.*— *W. Sampas*
60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*
61.— Locura dirigida.— *Alan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Era posible que un grupo de muchachas pudiera derrotar a la SIP?

PÓQUER DE DAMAS

JAMÁS TUVO USTED EN LA MANO UNA NOVELA TAN INTERESANTE COMO ÉSTA DE *LAW SPACE*.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos